José Fernández del Villar

# LA SEÑORITA PRIMAVERA

Comedia en tres actos, en prosa,

original

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES, CALLE DEL PRADO, 24
1925

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
**Biblioteca Nacional**

Procedencia
T. BORRÀS
N.º de la procedencia
188.

# LA SEÑORITA PRIMAVERA

Esta obra es propiedad de su autor.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

---

Droits de représentation, de traduction et de reproduction, réservés pour tous les pays, et compris la Suéde, la Norvége et la Hollande.

---

Copyright, 1925, by José Fernández del Villar.

JOSÉ FERNÁNDEZ DEL VILLAR

# LA SEÑORITA PRIMAVERA

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN PROSA,

ORIGINAL

*Estrenada en el Teatro Lara el 13 de febrero de 1925*

MADRID

Sucesor de R. Velasco, Marqués de Santa Ana, 11 duplicado

TELÉFONO 5-51 M.

1925

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/laseoritaprimave00fern

*Sr. D. Rafael Marquina.*

*Mi querido y admirado amigo: para corresponder a sus muchas bondades y a la generosa ayuda que siempre me ha prestado con sus críticas, llenas de noble sinceridad, unas veces señalando en mis obras, sin acritud, defectos, que he procurado corregir, y otras apuntando aciertos, con tal loanza que sobrepasaba los límites de lo merecido, lo cual demuestra el buen corazón de usted, más propenso al elogio que a la censura, sin menoscabo de la justicia, modestísimo presente es la dedicatoria de esta humilde comedia; pero el que da lo que tiene no está obligado a más, y yo, falto de mejores prendas que ofrecerle, me permito testimoniarle mi gratitud y mi reconocimiento más profundos, poniendo su ilustre nombre al frente de «La señorita Primavera».*

*Le ruego acepte el envío, si no por lo que vale, por el cariño con que se lo brinda su devoto amigo y admirador,*

*I. Fernández del Villar.*

725158

# REPARTO

| PERSONAJES | ACTORES |
|---|---|
| ÁUREA | Concha Catalá. |
| PETRITA | María de las Rivas. |
| DOÑA ROSARIO | Leocadia Alba. |
| DOÑA VALENTINA | Matilde Armisén. |
| CLARA | Carmen Cuevas. |
| CLARITA | Elisa Méndez. |
| MARÍA DE LA LUZ | Raquel Martínez. |
| LAURA | Pilar Alenza. |
| DON RICARDO VALCÁRCEL | Ricardo Simó Raso. |
| EL DESCONOCIDO | Salvador Soler Marí. |
| PERDIGUERO | José Balaguer. |
| PIÑITA | José Isbert. |
| JUAN ANTONIO | Gonzalo de Córdoba. |

La acción en Málaga. — Época actual

# ACTO PRIMERO

Jardín de un sencillo hotelito en el valle del Limonar, en Málaga. Al foro, una verja de hierro, en cuyo centro se abre una puerta cancela, que da entrada al jardín, y, al través de la cual, se ve el camino. En la lejanía, paisaje de campo. A la izquierda, ocupando los términos primero y segundo, el cuerpo de edificio del hotel, que es de dos pisos, con una pequeña escalinata de mármol para subir a él. A ambos lados de la puerta del hotel, dos grandes macetones, con plantas. A la derecha, y por el último término de la izquierda, se supone que continúa el jardín. Todo el espacio de la escena es como un rellano o plazoleta, donde habrá sillas y butacas de junco y alguna mesita, con periódicos y revistas. En el centro de la plazoleta, una taza de mármol, de pequeño diámetro y escasa altura, rodeada de macetas, deja correr un alegre surtidor que, con su música grata, turba la dulce paz del tranquilo retiro. Es de día, en una perfumada mañana del templado invierno malagueño.

—

(Al levantarse el telón, aparecen en escena DON RICARDO VALCÁRCEL, PERDIGUERO y MARÍA DE LA LUZ. Los tres están de pie, cerca de la verja; don Ricardo y Perdiguero, a la derecha, y a la izquierda, frente a ellos, María de la Luz. Don Ricardo es un hombre de cuarenta y tantos años, pelo gris, buena presencia y aspecto distinguido, que viste con cierto desaliño, un traje negro, de luto, abrigo oscuro y se toca con un sombrero flexible, también negro; usa gafas con armadura de con-

cha. Perdiguero es un chico madrileño, vivo como una centella y con la cabeza a pájaros; tendrá veintitrés años a lo sumo. Es atildado y elegante en el vestir. María de la Luz, es una doncellita de la casa, andaluza y garbosa. Viste de negro y delantal blanco. En el suelo, junto a don Ricardo y Perdiguero, hay un par de maletas y una manta de viaje.)

**María de la Luz.** Aguarden los señores, que voy a avisá a la señora. (Vase por la izquierda, sube la escalinata y entra en la casa.)

**Don Ricardo.** (Esparciendo su mirada en derredor.) ¿Qué te parece ésto, Perdiguero?

**Perdiguero.** Un encanto, don Ricardo; una maravilla.

**Don Ricardo.** Es ameno el lugar y sereno y apacible. ¡Justamente lo que necesitan mis nervios y mi espíritu!

**Perdiguero.** Y el aspecto del hotelito, así, juzgado por de fuera, no puede ser más seductor.

**Don Ricardo.** Verás qué invierno vamos a pasar aquí, alejados del bullicio y devaneo de la Corte... (Perdiguero lanza un hondo suspiro.) No me suspires, secretario. Ten la bondad de no suspirar en mi presencia, si no quieres sacarme de quicio.

**Perdiguero.** Perdone usted, don Ricardo; no ha estado en mí el contenerlo. ¡Se me ha escapado él solo!

(Por la izquierda aparecen MARÍA DE LA LUZ y DOÑA ROSARIO. Doña Rosario es la dueña de la casa; una señora de cincuenta años, simpática y bondadosa. Viste con absoluta sencillez.)

**María de la Luz.** (A doña Rosario, señalándole a los visitantes.) Estos señores...

**Doña Rosario.** ¿Quién? (Los mira fijamente.)

**Don Ricardo.** (En voz baja a Perdiguero.) No me recuerda, no me reconoce.

**Doña Rosario.** (Avanzando hacia ellos.) Buenos días, caballeros. Ustedes me dirán en qué puedo servirles.

(Don Ricardo y Perdiguero se descubren.)

**Don Ricardo.** (Adelantándose y ofreciéndole su mano, sonriente, a doña Rosario.) ¿Cómo estás, Rosario?

**Doña Rosario.** (Reconociéndolo.) ¡Madre del Amor Hermoso! ¡Ricardo! ¿Tú, en Málaga?

**Don Ricardo.** ¡Yo, en Málaga!

**Doña Rosario.** ¿Al cabo de cuánto?

**Don Ricardo.** Veinticinco años. ¡Toda una vida!

**Doña Rosario.** ¿Quién lo pudo pensar? ¡Siéntate, hombre! ¡Qué sorpresa tan grata... y tan triste al mismo tiempo! Tu pobre madre...

**Don Ricardo.** (Poniéndose serio rápidamente) ¡Hace ya cuatro meses!...

**Doña Rosario.** ¡Pobrecita! Dios la tendrá en su gloria. ¡Era una santa! (Pequeña pausa, que doña Rosario corta oportunamente.) ¡Bueno, siéntate, siéntate, Ricardo!

**Don Ricardo.** Te advierto que venimos a instalarnos en tu hotelito, si ello es posible.

**Doña Rosario.** ¿Cómo no? ¡Claro que es posible! Y si no lo fuera, lo sería, tratándose de ti.

**Don Ricardo.** Gracias, Rosarito.

**Doña Rosario.** Ahí es nada el honor que para mí supone hospedar en mi casa a una gloria universal, a un literato de tu altura, reconocido y admirado en el mundo entero.

**Don Ricardo.** Pára la jaca, Rosarito, pára la jaca y no te remontes. Aquí no viene el literato, ni el hombre de fama; no viene más que tu amigo de la niñez, Ricardo Valcárcel, deseoso de pasar inadvertido entre sus paisanos. Así, pues, la primera condición que te impongo para quedarme en tu pensión es la de que nadie, absolutamente nadie, ha de saber quien soy.

**Doña Rosario.** Pero, eso, ¿cómo puede ser? Eres tú demasiado conocido para pasar de incógnito en ninguna parte y menos en tu tierra.

**Don Ricardo.** Como no pienso moverme de aquí, me basta con que tú me guardes el secreto.

**Doña Rosario.** Pues, descuida, que por mí no se ha de saber. Anda. ¿Quieres pasar? Entra. Te enseñaré las habitaciones que tengo disponibles para que tú elijas la que más te guste.

**Don Ricardo.** A tu cuidado lo dejo. Necesitamos dos; una para mi secretario y otra para mí. (Presentando a Perdiguero.) Pepito Perdiguero... Doña Rosario Vélez, viuda de Albareda.

**Perdiguero.** Servidor de usted.

**Doña Rosario.** ¡Tanto gusto!... (A María de la Luz.) María de la Luz, haz el favor de recoger estas maletas y llévalas a las habitaciones de estos señores. Número doce y número quince. (A don Ricardo.) Tienen vistas al

mar. Pero siéntense. Siéntate, Ricardo. (Se sientan los tres. María de la Luz recoge las maletas y la manta de viaje y se marcha por la izquierda.) ¿Vienen ustedes de Madrid?

**Don Ricardo.** De Madrid, pero nos hemos detenido un par de días en Córdoba para que éste conociera la Mezquita.

**Doña Rosario.** ¡Ah!

**Don Ricardo.** (A doña Rosario, refiriéndose a Perdiguero.) Es hijo de un antiguo compañero mío, que ya murió—Paco Perdiguero, gran persona—y su madre, que vive en un pueblecito de la provincia de Avila, lo encomendó a mi cuidado y conmigo lleva desde hace siete años. Yo me he empeñado en hacer de él un hombre de provecho y no sé si llegaré a conseguirlo, porque aquí donde lo ves, que parece tan juicioso y sentado, es de lo más tarambana que puedes imaginarte.

**Perdiguero.** ¡Don Ricardo!

**Don Ricardo.** Tiene talento y escribe versos muy bonitos, pero posee el gravísimo defecto de enamorarse de la primera mujer que se encuentra. Y como no carece de imaginación ni de fantasía, se plantea unos problemas insolubles. Me lo he traído de Madrid para apartarlo de un amorío estúpido que le tenía sorbido el seso. El corazón de Perdiguero es inflamable como pocos; un depósito de gasolina. Si una mujer lo mira es como si le arrojaran una cerilla ardiendo. Al minuto, ya está mi secretario envuelto en llamas.

**Perdiguero.** Ya comprenderá usted, señora, que don Ricardo exagera. Ni es tanto como dice, ni yo me preocupo en el sentido que se figura.

**Don Ricardo.** ¡No me hagas hablar, Perdiguero!

**Perdiguero.** No sé qué más pueda usted decir.

**Doña Rosario.** Eso le demostrará que le quiere bien cuando tanto interés se toma en sus asuntos.

(Por el foro, tras la verja, aparece ÁUREA, empuja la puerta de la cancela, entra en escena y pasa por en medio de nuestros amigos, encaminándose hacia la escalinata, por donde desaparece. Es Áurea, una hermosa mujer de veinticinco años, rubia, elegante, naturalmente distinguida. Viste un traje hechura sastre, cubre su cabeza con un gorrito coquetón y en la mano lleva un par de libros. Es desenvuelta de aptitudes y de ademanes. Al verla entrar, don Ricardo y Perdiguero se levantan y ella cruza por delante de ellos haciendo una ligera inclinación de cabeza.)

**Aurea.** Buenos días, doña Rosario.

**Doña Rosario.** Buenos días, señorita.

**Aurea.** Con permiso... (Vase por la izquierda.)

**Don Ricardo.** Usted lo tiene.

**Perdiguero.** (Que la ha seguido con la mirada hasta que ha desaparecido.) ¡Espléndida mujer! (Se vuelven a sentar.)

**Don Ricardo.** ¡Cuidado, Perdiguero!

**Perdiguero.** No hay cuidado, don Ricardo. ¡Está abierta aún la herida!

**Don Ricardo.** Pero tus heridas cicatrizan pronto. ¡Te conozco!

**Doña Rosario.** Es una señorita que tenemos en la pensión hace más de un año. ¡La señorita de Lámbarri! Buena muchacha y muy juiciosa e instruída. Ella es de San Sebastián y vive sola en el mundo. Ganó por oposición la plaza de profesora de la Normal de aquí y aquí lleva el tiempo que les he dicho a ustedes. Ahora viene de clase.

**Don Ricardo.** Y tú, por lo visto, encantada en tu profesión de hotelera.

**Doña Rosario.** ¿Qué remedio, hijo? Muerto Rafael y casada Aurora, al quedarnos solas Laurita y yo, ideamos este medio de vida para hacer frente a nuestras necesidades. Y, gracias a Dios, vamos saliendo. Laurita guisa y yo ayudo en las demás faenas de la casa. Hasta ahora no podemos quejarnos de la suerte.

**Don Ricardo.** Laurita, ¿es tu hija menor?

**Doña Rosario.** De las que me viven, sí.

**Don Ricardo.** Y, ¿tienes muchos huéspedes?

**Doña Rosario.** No; esa señorita que has visto y otra señora, de Valladolid, viuda, con una hija, que pasan aquí los inviernos. Lo suficiente para proporcionarnos una ayudita. Tú, que me has conocido en mis tiempos de esplendor, calcularás toda la violencia que he tenido que hacerme para llegar a ésto. ¡La vida, que impone tantos sacrificios!

**Don Ricardo.** ¿A quién se lo dices?

**Doña Rosario.** Tú también, tú también has pasado lo tuyo. (Mirando hacia el foro derecha.) Mira, aquí llegan la señora de Valladolid y su niña.

**Don Ricardo.** Te encarezco mi recomendación, Rosario. No me presentes y si me presentas, no les digas quien soy.

**Doña Rosario.** Descuida.

(Por el foro, tras la verja, aparecen DOÑA VALENTINA y su hija PETRITA, empujan la cancela y entran en escena. Doña Valentina es todavía una mujer joven, viuda que no ha perdido del todo la esperanza de volverse a casar, y Petrita una muchacha de veinte años, bonita como una rosa y alegre como un cascabel. Madre e hija visten con gusto y elegancia.)

**Perdiguero.** (Al verlas.) ¡Caramba, doña Valentina y Petrita!

**Don Ricardo.** ¿Cómo? ¿Tú las conoces?

**Perdiguero.** Mucho. ¡Del Ritz!

**Don Ricardo.** ¡Pues la hemos hecho buena!

(Doña Valentina y Petrita entran en escena y don Ricardo y Perdiguero se ponen de pie. Ellas no se fijan en nuestros amigos y se dirigen a saludar a doña Rosario. Doña Valentina y Petrita traen en las manos sendos paquetes.)

**Doña Valentina.** Buenos días, doña Rosario.

**Petrita.** Buenos días.

(Doña Rosario intenta levantarse, impidiéndoselo doña Valentina.)

**Doña Rosario.** ¿Qué? ¿Ya de regreso?

**Doña Valentina.** No se levante. ¡Por Dios! Hemos estado toda la mañana de compras.

**Petrita.** (Fijándose en Perdiguero, que desde que las vió entrar tiene estereotipada en su rostro una sonrisa, que contrasta con el gesto adusto de don Ricardo.) ¡Ay, mamá! ¡Fíjate quién está aquí! ¡Perdiguero! ¿Qué tal, Perdiguero?

**Perdiguero.** ¡A su devoción, Petrita!

**Doña Valentina.** ¡Perdiguero! ¿Qué viene usted a hacer en Málaga?

**Perdiguero.** Pues a pasar una temporadita, con este amigo... (Presentando a don Ricardo.) Don Ricardo...

**Don Ricardo.** (Adelantándose.) Ventura.

**Perdiguero.** ¿Cómo Ventura?

**Don Ricardo.** (Confundiéndole con la mirada.) Ventura. ¡Mi apellido!

**Perdiguero.** (Azorado.) ¡Ah, sí! ¡Claro! ¡Su apellido! Ya lo sabía. Es que como Ventura también es nombre me confundí así, al pronto. Don Ricardo Ventura, mi amigo y protector. Doña Valentina Giráldez, viuda de Mondéjar, y su hija Petrita.

**Don Ricardo.** Rendidamente... (Se saludan sin darse la mano.)

**Doña Valentina.** Y ¿se hospedan ustedes aquí?

**Perdiguero.** Gozamos de esa suerte.

**Petrita.** Pues ya nos veremos, Perdiguero Tenemos tela cortada para rato. Ha de contarme usted muchas cosas de Madrid.

**Perdiguero.** Las que usted guste, Petrita.

**Doña Valentina.** Bueno, anda, niña; vamos a soltar estos paquetes. ¡Hasta luego, Perdiguero!

**Perdiguero.** ¡Hasta luego, doña Valentina! ¡Adiós, Petrita!

**Doña Valentina.** (Dándole la mano a don Ricardo.) Mucho gusto en conocerle.

**Don Ricardo.** El gusto es mío, señora. (Saludando con la cabeza a Petrita.) Señorita...

**Doña Valentina.** ¡Hasta después, doña Rosario!

(Doña Valentina y Petrita se marchan por la izquierda.)

**Perdiguero.** ¡Muy simpática Petrita y muy amiguita mía! ¡Es monísima!

**Don Ricardo.** ¡Perdiguero!

**Perdiguero.** ¡Ahí sí! ¿Ve usted, don Ricardo? ¡Ahí puede que pique! ¡Me gusta muchísimo!

**Don Ricardo.** (A doña Rosario.) ¿No te digo? ¡Ya nos cayó qué hacer! Tiraron la cerilla ardiendo. ¡Estamos perdidos!

**Perdiguero.** No, don Ricardo; no.

**Don Ricardo.** ¡Al tiempo, secretario, al tiempo! Mira, aprovecha el auto que está sin despedir, y llégate a la lista de Correos a recoger la correspondencia. Aquí te aguardo

**Perdiguero.** Lo que usted disponga. Hasta ahora mismo. (Sale por el foro.)

**Doña Rosario.** ¿Y tú? ¿No entras?

**Don Ricardo.** Sí, que quiero saludar a tu hija. ¡Este Perdiguero, este Perdiguero!...

**Doña Rosario.** Pero, ¿tan enamoradizo es?

**Don Ricardo.** No tienes idea. Aterrado estoy de pensar que hay una amiguita que le gusta en la misma casa donde hemos de vivir.

**Doña Rosario.** ¡Vamos, criatura!

**Don Ricardo.** Es que le conozco. Tragedia tendremos. Lo has de ver. ¡Tragedia tendremos! (Por la izquierda sale ÁUREA, con un libro en la mano, sonríe al pasar junto a doña Rosario y don Ricardo, y se sienta en una butaca. Don Ricardo se queda contemplándola extasiado.) (¡Hermosa mujer! Llevaba razón el secretario.) (Vase por la izquierda con doña Rosario. Larga pausa. Áurea ha abierto el libro y se ha

puesto a leer. Por el foro, tras de la verja, asoma EL DESCONOCIDO; al ver a Áurea, sola en el jardín, no puede reprimir un movimiento de júbilo; empuja cautelosamente la cancela, entra en escena procurando no hacer ruido y se coloca detrás de Áurea, permaneciendo así algún rato. El Desconocido es un hombre de treinta años, guapo, simpático, de un atractivo singular. Tiene tipo de artista: ojos vivos, centelleantes, cabello rizoso y encrespado. Viste pantalón a rayas, americana obscura, chalina, y se toca con un sombrero a lo chambergo. Áurea percibe, de pronto, que hay alguien detrás de ella, vuelve la cabeza y, al encontrarse con el Desconocido, ahoga un grito de sorpresa y se pone, airada y rápidamente, de pie.)

**Aurea.** ¿Eh? (El Desconocido se quita el sombrero.) ¿Qué hace usted? ¿Qué atrevimiento es éste?

**El Desconocido.** Perdone usted.

**Aurea.** Haga el favor de salir ahora mismo de aquí, si no quiere usted que llame para que le echen.

**El Desconocido.** ¡Áurea!

**Aurea.** Por lo visto, en Andalucía no hay costumbre de respetar a las mujeres. ¿Verdad?

**El Desconocido.** Al contrario. Cuando las mujeres son tan guapas como usted, se hace algo más que respetarlas. ¡Adorarlas!

**Aurea.** ¡Basta, señor mío! Tenga la bondad de...

**El Desconocido.** ¡Atiéndame usted, Áurea! Se lo ruego.

**Aurea.** Ignoro quién le ha dado a usted permiso...

**El Desconocido.** ¿Para llamarla por su nombre? Nadie.

**Aurea.** ¡No estamos presentados!

**El Desconocido.** Ni habrá quien nos presente. Usted es forastera; yo no conozco a las personas de su intimidad... Iba a ser un poco difícil la presentación.

**Aurea.** Sin embargo, reconocerá usted conmigo que no es el más correcto proceder de un caballero el empleado por usted.

**El Desconocido** ¿Presentarme solo?

**Aurea.** Allanar una morada, que no le pertenece.

**El Desconocido.** ¿Quién lo ha dicho? Esto es una pensión, un hotel, un sitio público, a merced del primer ocupante. Y, aunque no lo fuera, ¿qué hacer, si carecía de otro medio? Día tras día, son ya unos cuantos los que llevo siguiéndola, buscando la ocasión propicia en que poder acercarme a usted, y sin hallarla.

¿Le parecen pocas discreción y paciencia las mías? Pero esto, forzosamente, había de tener un límite, y ese límite ha llegado. Aprovechando la oportunidad de encontrarla sola en el jardín, me he decidido a entrar para ver si, por fin, logro mis deseos. ¡Hablar con usted!

**Aurea.** ¡Falta que yo quiera oírle!

**El Desconocido.** Espero que no me niegue ese favor.

**Aurea.** ¡Falta también que sepa, al menos, quién es el que pretende hablarme!

**El Desconocido.** ¡Un caballero!

**Aurea.** Y ¿quién me lo asegura?

**El Desconocido** Yo.

**Aurea.** No es bastante testimonio.

**El Desconocido.** Pues, si no es bastante, no tengo otro que ofrecerle. A nada le compromete mi conversación. Usted luego queda en libertad de juzgarme. Y mis hechos, mejor que mis palabras, han de probarle la verdad de mi aserto. Yo, únicamente, necesito decirle ahora que la quiero; que la quiero, Áurea; que su cariño se ha adueñado de mí; que sólo acierto a verla a usted en todas partes, reproducida su figura una y y mil veces por donde quiera que la vista fijo, y que, a mis solas, me repito su nombre como el que reza una oración: Áurea, Áurea...

**Aurea.** (Con acento burlón.) Y... ¿qué más?

**El Desconocido.** Nada más.

**Aurea.** ¿Era eso todo lo que tenía usted que decirme?

**El Desconocido.** Precisamente.

**Aurea.** Pues ya estoy enterada. Se puede usted marchar, señor... desconocido.

**El Desconocido.** ¡Ah! ¿Es eso todo lo que se le ocurre contestarme?

**Aurea.** Perdone usted. O yo he entendido mal o su ruego sólo se refirió al deseo de comunicarme su cuita.

**El Desconocido.** ¡Ese fué!

**Aurea.** Y ¿no está ya satisfecho?

**El Desconocido.** A medias.

**Aurea.** ¿Cómo?

**El Desconocido.** Todo amor necesita correspondencia, Áurea.

**Aurea.** Muy lejos va el señor desconocido.

**El Desconocido.** ¿Por qué?

**Aurea.** Ya es mucho lo que alcanzó. Confórmese por hoy.

**El Desconocido.** Quiere decir que mañana...

**Aurea.** No sé.

**El Desconocido.** ¿Y ni siquiera me deja acariciar una esperanza?

**Aurea.** (Sonriéndose.) ¿Por qué no? Usted es dueño de acariciar lo que guste.

**El Desconocido** (Cogiéndole una mano.) ¡Áurea!

**Aurea.** (Poniéndose seria y retirando su mano airadamente.) ¡Menos mi mano!

**El Desconocido.** ¡Es usted cruel conmigo!

**Aurea.** ¿Por qué? Accedí a su ruego y, ¿aún me llama cruel? ¡Mejor haría llamándole yo ingrato!

**El Desconocido.** ¡Perdón! ¿Podre volver mañana?

**Aurea.** Vuelva, si quiere; pero no entre en el jardín.

**El Desconocido.** ¿No he de verla entonces?

**Aurea.** ¡No sé! Le repito que se conforme con lo de hoy. Y ahora, seriamente, le suplico que se retire. Pudieran salir y no quisiera que nadie, al verle aquí, llegara a figurarse lo que no es.

**El Desconocido.** Pero, ¿que será?

**Aurea.** (Con una sonrisa que equivale a una esperanza.) ¡Quién lo sabe!

**El Desconocido.** ¡Hasta mañana, pues!

**Aurea.** ¡Hasta mañana! (Vase el Desconocido por el foro, no sin volver un par de veces la cabeza para mirarla. Áurea corre hacia la verja para sonreirle, una vez que él se ha marchado, y torna luego a sentarse en la misma butaca que ocupaba.) ¡Decididamente, es muy simpático!

(Por la izquierda sale PETRITA y se sienta junto a Áurea.)

**Petrita.** ¿Se ha enterado usted, Áurea? Tenemos nuevos compañeros de hospedaje.

**Aurea.** Sí, ya lo he visto. Valcárcel y su secretario, ¿no?

**Petrita.** ¿Cómo Valcárcel?

**Aurea.** Valcárcel, el novelista; el autor de «Luz de los cielos», de «La muerta», de «Madre María del Mar»...

**Petrita.** Si a nosotras nos ha dicho Perdiguero que es... ¿Quién nos ha dicho? Don Ricardo .. (Haciendo memoria.) ¡Ventura!

**Aurea.** ¿Ventura?

**Petrita.** Eso creo. No sé. (A DOÑA VALENTINA, que sale por la izquierda.) Oye, mamá.. ¿Cómo es el apellido de ese señor que nos ha presentado Perdiguero?

**Doña Valentina.** Ventura, ¿no?

**Petrita.** (A Áurea.) ¿Ve usted?

**Aurea.** Sí, sí... Puede ser; pero lo dudo, Petrita.

**Doña Valentina.** ¿Por qué? ¿Qué pasa?

**Petrita.** Que dice Áurea que ese señor es Valcárcel, el novelista.

**Doña Valentina.** Y tiene razón. ¡Valcárcel es! Seguro. ¡Valcárcel, Valcárcel! Ya decía yo que me era una cara conocida.

**Aurea.** Lo habrá usted visto mil veces retratado en los periódicos.

**Doña Valentina.** Pero si, además, parecemos tontas, Petrita. ¿No sabes tú que Perdiguero es el secretario de Valcárcel?

**Petrita.** Verdad que sí.

**Doña Valentina.** Y estando aquí Perdiguero, ¿con quién iba a estar?

**Petrita.** ¿Con Valcárcel?

**Doña Valentina.** ¡Claro!

**Petrita.** Lo que no comprendo, mamá, es la presentación con nombre supuesto.

**Doña Valentina.** A lo mejor, es que quiere pasar de incógnito. ¡Vete a saber! Estos artistas son tan raros... Quien puede que esté enterada es doña Rosario... (Hablando desde el pie de la escalinata con doña Rosario, que se supone que está dentro de la casa.) Doña Rosario, ¿quiere usted hacer el favor un momento?...

(Por la izquierda, sale DOÑA ROSARIO.)

**Doña Rosario.** Con mucho gusto.

**Petrita.** (A Áurea.) Así saldremos de dudas.

**Doña Valentina.** Venga usted acá, doña Rosario. (La lleva hacia la derecha, la hace sentar, y luego Áurea, Petrita y doña Valentina se sientan también, rodeando a doña Rosario.) Siéntese usted con nosotras un ratito, y díganos usted qué razón hay para que el nuevo huésped nos haya ocultado su verdadero nombre.

**Doña Rosario.** (Abriendo mucho los ojos.) ¿Cómo?

**Doña Valentina.** Sí, sí, doña Rosario; no abra usted

los ojos, ni se nos muestre sorprendida. Sabemos que ese señor no se llama don Ricardo Ventura, sino don Ricardo Valcárcel.

**Doña Rosario.** ¿Quién lo ha dicho?

**Doña Valentina.** Áurea.

**Doña Rosario.** ¡Madre del Amor Hermoso! ¡Con esto no contaba Ricardo!

**Doña Valentina.** ¿Luego confiesa usted?

**Doña Rosario.** ¿Y qué remedio, doña Valentina?

**Doña Valentina.** Perfectamente. Supongo que ya no tendrá usted reparo en decirnos...

**Doña Rosario.** ¿El por qué de la suplantación? Lo ignoro. Rarezas suyas, manías... El deseo de no tener que alternar con personas extrañas. No sé. Ricardo siempre fué muy hurón y muy enemigo de todo trato social.

**Doña Valentina.** ¿Usted le conoce hace ya tiempo?

**Doña Rosario.** Desde niños nos conocemos. S mos, aproximadamente, de la misma edad y casi nos hemos criado juntos. Su madre y la mía eran íntimas, vivíamos en la misma casa...

**Aurea.** Y ¿no tiene familia don Ricardo?

**Doña Rosario.** La tiene, hija mía, pero como si no la tuviera.

**Aurea.** ¿Cómo es eso?

**Petrita.** ¡A ver! Cuente usted, doña Rosario.

**Doña Valentina.** Nos interesa mucho.

**Doña Rosario.** ¡Pero, por Dios, que no se les vaya a ustedes a escapar con nadie y menos con él!...

**Aurea.** Descuide usted.

**Petrita.** ¡No faltaba más!

**Doña Valentina.** Seremos una tumba.

**Petrita.** ¡Tres tumbas!

**Aurea.** Casi un cementerio.

**Doña Rosario.** Si él supiera que yo contaba estas cosas era capaz de matarme...

**Petrita.** ¡Otra tumba!

**Doña Valentina.** Pero, ¿por quién lo va a saber?

**Doña Rosario.** (Mirando inquieta hacia la izquierda.) No vaya a venir...

**Aurea.** No viene, doña Rosario.

**Doña Rosario.** ¡Estoy en ascuas!

**Petrita.** ¡Hable usted!

**Doña Valentina.** ¡Cuente usted!

**Doña Rosario.** ¿Qué quieren ustedes que les cuente? Que este muchacho—muchacho digo yo; siempre la costumbre de creer que el tiempo no pasa—, es un santo, un santo. A los veinte años se quedó sin padre, sin dinero y con una carga de familia a sus expensas, y él solito, se marchó a Madrid y, a fuerza de luchas y privaciones, consiguió sacar su casa a flote. Y cuando el pobre regresó a Málaga, con ánimo de llevárselos a todos con él, se encontró con la desagradable nueva de que sus hermanas, Victoria y María Teresa, habían determinado ingresar en un convento, y que su hermano Gabriel, el menor de los cuatro, había huído de la casa con una mujer despreciable, y andaba por ahí, perdido, entre gente de la peor condición. ¡Un espanto! Deshecho el hogar, asqueado y entristecido por el proceder de sus hermanos, cogió a su madre, y con ella se volvió a Madrid; y a su cuidado y atenciones ha consagrado su vida, hasta hace pocos meses en que Dios, al llevársela a su seno, le ha dejado para siempre sin consuelo de nadie. ¡Y esta es su historia!

**Doña Valentina.** ¡Bien triste, por cierto, doña Rosario!

**Aurea.** Algo de eso cuenta él en su novela «Madre María del Mar». El episodio de las hermanas es idéntico.

**Doña Valentina.** Pero ha debido hacer dinero.

**Doña Rosario.** ¿Ricardo? Seguramente. Dinero que pasará a ese zángano que le acompaña.

**Petrita.** ¿A Perdiguero?

**Doña Rosario.** Le quiere como a un hijo...

**Doña Valentina.** ¡Ya lo oyes, Petrita!

**Petrita.** ¡Ya lo oigo, mamá!

**Aurea.** Todavía puede casarse.

**Doña Rosario.** ¿Quién? ¿Ricardo?

**Aurea.** ¿Por qué no?

**Doña Valentina.** Es joven... ¡Vamos, no es viejo!

**Doña Rosario.** No es viejo, pero me parece que no hay quien lo case.

**Doña Valentina.** Eso será hasta que le entre alguna por el ojo.

**Aurea.** ¡Un buen partido para usted, doña Valentina.

**Doña Valentina.** ¡No es malo, Áurea!

**Aurea.** Y si a Petrita le gusta Perdiguero, todo puede quedar en casa.

**Doña Valentina.** Se pensará, se pensará... ¡No crea usted que lo he de echar en saco roto!

**Doña Rosario.** ¡Pero, doña Valentina! ¿Usted?...

**Doña Valentina.** ¡Pero, doña Rosario! ¡Yo! ¿Es algún disparate? O ¿es que había usted puesto en él sus miras y teme usted la competencia?

**Doña Rosario.** ¡Por Dios!

**Doña Valentina.** ¡Con franqueza!

**Doña Rosario.** ¿Quiere usted callar?

**Doña Valentina.** ¡Las cartas boca arriba! Mientras más amigas, más claridad.

**Doña Rosario** ¡Vamos, vamos!

**Aurea.** (Después de mirar hacia la izquierda.) ¡Silencio, que viene!

**Doña Rosario.** (Azoradísima.) ¡Por Dios! Hablemos de otra cosa; que no se imagine que nos ocupábamos de él...

**Doña Valentina.** ¡Oye, Petrita!... (Por la izquierda sale DON RICARDO y baja al jardín.) ¿Te parece buen momento para enseñarle a Áurea ese punto que tú sabes?

**Petrita.** ¡Magnífico, mamá! Si ella quiere...

**Aurea.** ¿Por qué no? Con mucho gusto.

**Doña Valentina.** ¿Subimos a mi cuarto?

**Aurea.** Lo que ustedes dispongan.

**Doña Valentina.** ¡Pues, vamos! ¡Hasta ahora, doña Rosario!

**Doña Rosario.** ¡Hasta ahora!

(Áurea y Petrita se marchan por la izquierda, Doña Valentina se fija en don Ricardo, que se ha puesto a hojear los periódicos.)

**Doña Valentina** (¡No está mal de figura, ni muchísimo menos! Valentina Giráldez de Valcárcel. ¡Me suena! ¡Por mi no ha de quedar!) (Vase por la izquierda.)

**Doña Rosario.** ¿Deseabas algo, Ricardito?

**Don Ricardo.** Nada; aspirar el aire perfumado del jardín mientras volvía Perdiguero. Pero tú, anda a tus cosas, no me hagas la visita. En tu casa no soy ahora más que un huésped, un huésped.

**Doña Rosario** En mi casa no podrás ser nunca más que lo que has sido siempre: un amigo, un verdadero amigo.

**Don Ricardo.** Conforme y agradecido, pero no te

preocupes de mí, no te preocupes. ¡Anda, Rosarito, anda a lo que tengas que hacer!

**Doña Rosario.** Con tu permiso, Ricardo.

**Don Ricardo.** Tú lo tienes, mujer, tú lo tienes. ¡No me gastes cumplidos!

(Vase doña Rosario por la izquierda. Don Ricardo se sienta, coge un periódico y se pone a leer. Pausa. Por el foro aparece PERDIGUERO, con el abrigo al brazo y unas cuantas cartas en la mano.)

**Perdiguero.** ¡Qué día, don Ricardo, qué día! ¡Y qué sol! A 14 de enero y a cuerpo gentil por esas calles. ¡En qué tierra fué usted a nacer! ¡Qué paraíso! Le digo a usted que estoy encantado.

**Don Ricardo.** Lo creo. Aunque tú necesitas poco para encantarte, Perdiguero.

**Perdiguero.** ¿Lo dice usted por lo de Petrita?

**Don Ricardo.** Lo digo por todo, secretario. ¡Y son los años! ¿Recogiste el correo?

**Perdiguero.** Aquí lo tiene usted.

**Don Ricardo.** (Sin tomar las cartas que Perdiguero le presenta.) Pues ábrelo, y no me consultes. Tú contestas lo que tenga contestación y echas al cesto de los papeles lo que no la tenga. Piensa que no quiero saber nada y que nada me importa; que he vuelto a Málaga, al cabo de veintitantos años de ausencia, buscando tranquilidad y sosiego para mi espíritu...

**Perdiguero.** Lo sé, lo sé.

**Don Ricardo.** Y que no es justo que esta paz, en que pretendo vivir, la perturbe ningún majadero con sus impertinencias.

**Perdiguero.** Lo que noto, don Ricardo, es que, de algún tiempo a esta parte, se le va a usted agriando el humor de una forma... ¡Usted, que antes era todo bondad y todo complacencia!...

**Don Ricardo.** ¡Los años, Perdiguero; la vejez, que se aproxima y le cambia a uno por completo!

**Perdiguero.** ¡La vejez! Siempre está usted a vueltas con la vejez y con los años, como si se tratase de un carcamal que ya no sirviese para nada. ¡Esa es otra manía! Yo tengo la seguridad de que si usted, en lugar de ser tan... ¡Así! Tan... ¡Vamos! Tan... ¡Caray! Si me

oyese un autor festivo diría qne estaba dando la hora. Tan, tan, tan. ¡Las tres!

**Don Ricardo.** ¡Acaba, Perdiguero!

**Perdiguero.** Pues, eso; que si usted, en vez de ser tan descuidadote —¡ya encontré la palabra!— tan a la pata la llana, fuese usted un señor, como hay muchos, de los que se componen y se arreglan, todavía podía dar ciento y raya a más de cuatro pollos presumidos.

**Don Ricardo.** Eso lo ves tú con los ojos de la secretaría.

**Perdiguero.** ¡Don Ricardo!

**Don Ricardo.** Pero tu jefe, que no se paga de alabanzas a sueldo, sabe muy bien que quien, como él, está para doblar el cabo de Buena Esperanza —los cincuenta años— no es justo que se acicale, como tú le aconsejas.

**Perdiguero.** Bueno, bueno. ¡Lo dicho, querido jefe; se le agria a usted el humor por días! Y no son los años, ni la vejez, como usted supone; es la soltería la que le va a usted volviendo gruñón y cascarrabias. ¡Usted debía casarse, don Ricardo!

**Don Ricardo.** (Asombrado.) Pero ¿tú estás loco, Perdiguero? ¿A qué viene eso ahora? No me casé en mi mocedad y ¿quieres que me case cuando más estoy para sopitas y buen vino, que para pensar en ganar la voluntad de una mujer? ¡Anda, anda, despacha tu correo y acaba pronto, que nos vamos a ir, antes de almorzar, dando un paseíto por la playa hasta el Palo. ¡Hay que aprovechar el día que hace!

**Perdiguero.** ¡Como que hay que verlo, don Ricardo! Al sol, hasta se suda. ¡Y pensar que en Madrid estarán ahora a cuatro bajo cero!... Mi tierra es, pero en ese aspecto del clima, no se la puede soportar. (Se sienta a leer las cartas, un poco distanciado de don Ricardo; éste vuelve a la lectura del periódico. Perdiguero, a la mitad de la primera carta, suspende su lectura para hacerle una pregunta a don Ricardo.) ¿Sabe usted si ha bajado Petrita?

**Don Ricardo.** (Sin levantar la vista del periódico.) No sé nada, secretario.

**Perdiguero.** Usted dispense. (Vuelve a la lectura de la carta para suspenderla en seguida, al ver a MARÍA DE LA LUZ, que sale por la izquierda.) Quien lo debe saber es María de la Luz. (Dirigiéndose a María de la Luz.) ¡Oye, María de la Luz!

**María de la Luz.** Diga usté, señorito.

**Perdiguero.** ¿Ha salido la señorita Petra?

**María de la Luz.** No, señó, que está en su cuarto, con su madre, enseñándole a la señorita Áurea una nueva labó de gancho.

**Perdiguero.** ¿A la señorita Áurea? ¿Quién es la señorita Áurea?

**María de la Luz.** ¿Quién va a sé la señorita Áurea? ¡La señorita Áurea! Señó, esa señorita tan guapa... ¡La maestra!

**Perdiguero.** ¡Ah, ya! ¡La señorita de Lámbarri! ¿Se llama Áurea?

**María de la Luz.** Áurea se yama.

**Perdiguero.** No lo sabía. Dispensa, mujer.

**María de la Luz.** Y como de eso entiende tanto la señorita Petra...

**Perdiguero.** ¿De qué?

**María de la Luz.** De labó de gancho. ¡Digo! Por usté mismo podrá usté sacá la prueba.

**Perdiguero.** ¡María de la Luz!

**María de la Luz.** ¿Señorito?

**Perdiguero.** ¡Nadie te ha autorizado para que te tomes esas libertades!

**María de la Luz.** No, ¿verdá? ¡Pos ándese usté con ojo, que no es mal amigo er que previene!

**Perdiguero.** (Volviendo la espalda a la chica.) ¡Vamos, hombre!

**María de la Luz.** ¿Manda usté arguna cosa más?

**Perdiguero.** ¡No mando ninguna cosa más!

**María de la Luz.** ¡Que usté se conserve tan güeno, señorito! (Lo mira con las de Caín, suelta una carcajada y se marcha por el foro.)

**Perdiguero.** (Algo mosqueado.) ¡Y encima se va riendo! ¡De mí, naturalmente!

**Don Ricardo.** ¡Naturalmente!

**Perdiguero.** No veo por qué. ¡Me he lucido! ¡Qué descaradas son estas criadas andaluzas! ¡Bueno, hombre, bueno!

(Don Ricardo se ríe, tapándose la cara con el periódico, de la cómica indignación de su secretario. Perdiguero se enfrasca en la lectura de las cartas. Pausa. Don Ricardo dobla el periódico, lo deja sobre la mesita, se levanta y se dirige a Perdiguero.)

**Don Ricardo.** ¿Qué? ¿Trae alguna novedad la correspondencia?

**Perdiguero.** Ninguna, don Ricardo. El editor que escribe apremiando para que se le envíen las últimas cuartillas de la novela; una carta del representante de Fe, en Bogotá, dándole a usted el pésame por la muerte de su madre y unas líneas de Quintana anunciándole que en la próxima sesión de la Academia Española será usted propuesto para ocupar la vacante de Ponzano, cosa que nosotros sabíamos antes de salir de Madrid. ¡Total, nada!

**Don Ricardo.** ¿Cómo nada? Hay que dar las gracias al de Bogotá por el pésame, a Quintana por la noticia y enviar al editor las cuartillas que pide. ¿Cómo nada, secretario?

**Perdiguero** ¡Caramba! Pues, ¿no decía usted que no quería ocuparse de estas cosas?

**Don Ricardo.** Es que luego he pensado que, si no me ocupo yo de ellas, tú no te has de ocupar, ya que para ti, en la ocasión presente, sólo tiene importancia el saber si ha salido o no la señorita Petra.

**Perdiguero.** ¡Don Ricardo!

**Don Ricardo.** Anda, anda; escribe esas contestaciones y sube a mi cuarto a recoger las cuartillas para hacer con ellas un paquete y mandárselas a Bermúdez. ¡No sólo para el amor vive el hombre!

**Perdiguero.** Ya, ya.

(Se encamina Perdiguero hacia la izquierda, cuando de la casa sale ÁUREA, cruza majestuosamente la escena y desaparece por la derecha. Al pasar por delante de don Ricardo y Perdiguero, hace un saludo con la cabeza, al cual corresponden ellos en igual forma.)

**Don Ricardo.** (Cuando Aurea ha desaparecido.) ¡Qué prenda de mujer es esta señorita Primavera!

**Perdiguero.** Pero, ¿por qué le llama usted la señorita Primavera?

**Don Ricardo.** ¡No lo sé! Al cruzar junto a mí hace poco, cuando llegamos al hotel, me dejó tal perfume, tal sensación de juventud y de belleza que, sin yo mismo darme cuenta, la bauticé con ese título: la señorita Primavera. ¡Y así debiera llamarse quien, como ella, es tan gentil y encantadora!

**Perdiguero.** Pues se llama Áurea, don Ricardo, ¡Áurea Lámbarri! Acaba de decírmelo María de la Luz!

**Don Ricardo.** ¡Áurea! Hasta el nombre es evocador

de mi pensamiento. ¡Áurea! Dorada. ¡La ilusión, la juventud, la primavera!

**Perdiguero.** (Con un gesto malicioso.) Me parece a mí, don Ricardo, que idealiza usted demasiado el tipo de la señorita de Lámbarri.

**Don Ricardo.** Y, ¿no lo merece? ¡Qué finura! ¡Qué distinción la suya! ¡Qué atractivo tan singular en toda su persona!

**Perdiguero.** ¿Quiere usted que se la presente? Yo no la conozco, pero con decírselo a Petrita...

**Don Ricardo.** De ninguna manera, secretario. ¡Anda a lo tuyo! Aquí te espero.

**Perdiguero.** Usted manda, don Ricardo. Bajo en seguida. (Sube la escalinata y entra en la casa. Dentro de la casa, a poco de entrar Perdiguero, se oyen risas de mujer y la voz de Petrita.)

**Don Ricardo.** (Llevándose las manos a la cabeza.) ¡Adiós correspondencia! ¡Acaba de tropezarse con Petrita! ¡Ya tenemos ocupación para toda la mañana!

(De la calle, por el foro, entran MARÍA DE LA LUZ y PIÑITA. Piñita es un hombre de cincuenta años, pero que representa muchos más. Tiene el pelo y el bigote casi blancos Es cobrador del Banco de España. Viste uniforme de paño azul con botones plateados y gorra con galones. En la mano lleva una cartera con las letras y sobre el hombro derecho un saquito con el dinero de la cobranza.)

**María de la Luz.** (A Piñita, que al entrar en escena se descubre.) Pase usté y espérese aquí, que voy a yamá a la séñora. (Vase por la izquierda y entra en la casa.)

**Piñita.** Buenos días.

**Don Ricardo.** Buenos días. Siéntese, si quiere.

**Piñita.** (Sentándose.) Con permiso. (Suelta el saquito sobre la mesita, pero conserva en la mano la cartera con las letras.)

**Don Ricardo.** (Reconociendo en este momento, trémulo de emoción al visitante.) (¡Caramba, Piñita! ¡Si es Piñita! ¡Qué cambiado está y qué venido a menos! Aún cuando me mira fijamente, no me reconoce como yo le he reconocido. (Lo vuelve a mirar. Piñita, a cada mirada de Valcárcel, se mira a sí propio, creyendo que las miradas de don Ricardo obedecen a que lleva algo extraño en su persona. Piñita se sacude dos motas, saca el pañuelo y se lo refriega por la cara, se arregla el uniforme, se abrocha un botón que lleva desabrochado, pero como las miradas

de Valcárcel persisten, Piñita, sin saber ya qué hacer, se muestra muy nervioso y desasosegado. Don Ricardo continúa su monólogo.) ¡Simpático Piñita! ¿Qué habrá sido de él en tanto tiempo? ¡Cuánto nos hemos divertido juntos!... Verle ahora así, tan humilde y callado, con aquel genio que tenía, que era el mismo demonio... ¡Piñita! ¡Piñita!...)

**Piñita.** (Encarándose con don Ricardo.) Diga usté, caballero; ¿es que tengo yo monos en la cara?

**Don Ricardo.** (¡Ya saltó, ya saltó!)

**Piñita.** Porque, vamos, me está usté poniendo nervioso con tanto mirarme y remirarme. ¿Es que no ha visto usté nunca a un cobrador del Banco? Pues todos somos lo mismo y llevamos idéntico uniforme. Con que no sé qué puede extrañarle en mí. ¿Sabe usté, señor mío? ¡Que es ya mucho fastidiar esa insistencia suya! ¡Pues, hombre! ..

**Don Ricardo.** (Con dulzura.) No se enfade usted, señor Piña. Le miro porque me ha parecido reconocer en usted a un viejo compañero y en esa acometividad que ha puesto usted al hablarme he visto con alegría que no me he equivocado. ¡Es usted Piñita, el bravo Piñita, hecho de la piel del diablo! ¿No es cierto?

**Piñita.** Sí, señor; yo soy Piñita, como usté dice. José Piña, para servirle; pero, usté, ¿quién es?

**Don Ricardo.** ¿No me recuerdas?

**Piñita.** No, señor.

**Don Ricardo.** ¿Que no me recuerdas, Piñita?

**Piñita.** No, señor. Es decir, espere usté... (Le observa detenidamente sin resultado positivo. Saca unas gafas para verle mejor y tampoco.) ¡No, señor!

**Don Ricardo.** ¡Pero, hombre!... ¡Valcárcel! ¡Tu amigo Valcárcel! ¡Ricardo!

**Piñita.** (Emocionadísimo se acerca a don Ricardo y le coge las manos, cayéndosele la cartera al suelo y desparramándose las letras.) ¡Cristo! ¡Valcárcel! ¿Tú?... ¿Usté?... ¡Santo Dios, las letras! (Desistiendo de recogerlas.) ¡Bueno, que se fastidien las letras! ¿Tú? ¡Valcárcel! ¡Chiquillo! Pero, ¿tú?... ¡Qué alegría!

**Don Ricardo.** ¡Sí, hombre, yo, yo mismo!

**Piñita.** ¡Déjame que te abrace! ¿Me permitirás que te tutee?

**Don Ricardo.** ¡Pues no faltaba más!

**Piñita.** (Con humildad.) Es que estás tú tan alto y yo tan bajo...

**Don Ricardo.** ¡Tendría que ver que amigos de la infancia no se tutearan!

**Piñita.** Gracias, hombre; te agradezco esa prueba de amistad. No todos son lo mismo. Hay quien, como Borrego,—¿te acuerdas de Borrego?—que ha llegado a Presidente de la Diputación, por méritos de su mujer, —¡Borrego! ¡bien puesto tiene el apellido!—me encuentra en la calle y me obliga a darle tratamiento. ¡Pero tú, habías de ser tú! ¡El grande, el poderoso, el magnánimo! ¡Cristo Dios y qué alegría me has dado! Y, ¿qué haces aquí? ¿Cuándo has venido?

**Don Ricardo.** Esta mañana.

**Piñita.** Y, ¿cómo no se ha sabido? ¿Cómo no se ha anunciado?... ¡Ah, comprendo! Tierra ingrata y despreciable, semillero de envidiosos... ¡Comprendo!

**Don Ricardo.** No comprendes nada, Piñita.

**Piñita.** ¡Pero yo lo diré, yo lo diré!

**Don Ricardo.** Tú callarás, Piñita, callarás, porque yo te lo suplico. (Obligándole a sentarse y sentándose él también.) Y háblame de ti, cuéntame de ti. Me interesa mucho saber cómo vives y de qué vives.

**Piñita.** Pues, hijo...

**Don Ricardo.** ¿Te casaste?

**Piñita.** Me casé.

**Don Ricardo.** ¿Con Gloria?

**Piñita.** Con su hermana.

**Don Ricardo.** ¿Cómo?

**Piñita.** Reñí con Gloria y me casé con la hermana, en mala hora, porque Gloria murió y la hermana vive.

**Don Ricardo.** ¡Piñita!

**Piñita.** ¡Pata pijotera! ¡Hasta en eso la erré! A estas horas podía yo ser viudo y libre y no que sigo siendo casado y mártir. ¡Pata pijotera! Tú, en cambio, para acertarlo en todo, lo has acertado hasta en eso.

**Don Ricardo.** Y, ¿habéis tenido hijos?

**Piñita.** Dos: un varón y una hembra. El varón me lo mataron en Melilla ahora hará tres años. ¡Hijo de mi alma! La hembra se casó y conmigo vive, porque mi yerno que, dicho sea sin ánimo de ofenderle, en lo tocante a comer es una fiera, en lo tocante a trabajar se asusta de mover un brazo y no gana para mantenerla... ¡De vago que es, ni las uñas le crecen!

**Don Ricardo.** ¡Pobre Piñita!

**Piñita.** ¡Pobre! ¡Y tan pobre! ¡Más que las ratas y que las ánimas benditas!

**Don Ricardo.** ¿Llegaste a terminar la carrera?

**Piñita.** No.

**Don Ricardo.** ¿Y eso?

**Piñita.** ¡Azares de la suerte! El padre se arruinó en la tienda, vinieron tiempos malos y hubo que dejarlo todo para arrimar el hombro a la casa. Algo parecido a lo tuyo. Por recomendaciones que me busqué, pude colocarme en el Banco, de cobrador, y en el Banco estoy hace ya más de veinte años. ¡Y menos mal!

**Don Ricardo.** ¡Seguro! Así, pues, no habrá que preguntarte si abandonaste la literatura. Me figuro que sí.

**Piñita.** Pues te equivocas, porque todavia en los ratos perdidos hago versos; malos, como míos, pero los hago.

**Don Ricardo.** ¿Te acuerdas de cuando escribíamos juntos, el uno frente al otro, en una de las mesas del café «El Senado»?

**Piñita.** Y ¿quién puede olvidarlo?

**Don Ricardo.** Tú emborronabas las cuartillas componiendo aquel drama; yo pretendía darle forma a aquella novela...

Por mi fe yo te juro, caballero,
que pagarás bien cara tu osadía;
que atreverse a dudar de mi hidalguía,
es ponerse al alcance de mi acero.

Esos versos son tuyos, de tu drama.

**Piñita.** En efecto, míos son. ¡Qué memoria! Yo, ni los recordaba siquiera.

**Don Ricardo.** ¡Eras un poeta! ¡Qué tiempos, Piñita!

**Piñita.** ¡Qué tiempos! (La nube de oro de la juventud pasa por entre los dos, envolviéndolos en su celaje y dejándolos silenciosos un momento. Pequeña pausa. Por la izquierda, baja MARÍA DE LA LUZ.)

**María de la Luz.** (A Piñita.) La señora, que entre usté. Estaba ocupá y no he podío darle er recao hasta ahora. ¡Que entre usté!

**Piñita.** Voy, voy al momento. (María de la Luz se marcha por el último término de la izquierda, detrás de la casa.) Con tu permiso, Ricardo.

**Don Ricardo.** ¡Anda, anda a lo tuyo!

**Piñita.** (Recogiendo del suelo la cartera con las letras.) Y ¿adónde habrá ido a parar la letra de esta señora? ¡Vaya usté a saber! (A don Ricardo.) No te irás, ¿verdá?

**Don Ricardo.** Te espero, te espero. ¡Anda, Piñita!

**Piñita.** Ahora bajo. (Revolv endo los papeles de la cartera.) ¡Pues, señor, que no encuentro la letra! (Vase por la izqu erda, sube la escalinata y entra en la casa. Por la derecha sale ÁUREA, leyendo un libro. Don Ricardo la mira.)

**Don Ricardo.** (¡La señorita Primavera otra vez! ¿Qué extraño sentimiento se despierta en mí a su sola presencia?)

(Aurea, que se encamina hacia la casa, al ver salir a MARÍA DE LA LUZ, que también se encamina hacia el hotel, se detiene y la llama.)

**Aurea.** María de la Luz, ¿vas arriba?

**María de la Luz** Sí, señora. ¿Quería usté argo?

**Aurea.** Que le digas a la señorita Petra que la estoy esperando en el jardín.

**María de la Luz.** Está mu bien.

(Áurea se vuelve a marchar por la derecha, y María de la Luz entra en la casa. Don Ricardo sigue con sus miradas a Áurea )

**Don Ricardo.** (Por Áurea.) ¡Tiene majestad, aire de reina! (A PIÑITA, que baja por la izquierda.) ¿Te marchas ya, Piñita?

**Piñita.** Sí, hijo. ¡Quédate con Dios! Me he entretenido aquí más de la cuenta. Ya vendré otro día. Quiero que conozcas a los míos y que ellos te conozcan a ti.

**Don Ricardo.** Con mucho gusto.

**Piñita.** (Con satisfacción ) ¡Verás qué hija tengo! (Cambiando el tono de satisfacción por otro de amargura.) ¡Y qué mujer! ¡Dif rencia va de una a otra!

**Don Ricardo.** ¡Adiós, Piñita!

**Piñita.** ¡Adiós, Ricardo! ¡La alegría que me has dado! ¡No lo sabes tú bien! ¡Un abrazo!

**Don Ricardo.** ¡Y mil! (Se abrazan con efusión.) Te acompaño hasta la puerta

**Piñita.** (Con emoción.) No te molestes, hombre, no te molestes por mí ¿Quién soy yo, ni qué valgo yo, para que tú . ? ¡Adiós, Ricardo, adiós! Llorando voy y nunca he estado más contento. ¡Vejez! ¡Vejez! (Vase por el foro )

**Don Ricardo.** (Cuando Piñita se ha marchado.) ¡Adiós, Pi-

ñita! ¡Si tú supieras cuántas cosas me has traído a la memoria!...

(Don Ricardo suspira y se marcha por el último término de la derecha. Pausa. Por la izquierda salen de la casa, charlando alegremente, PETRITA y PERDIGUERO.)

**Perdiguero.** ¡Buena peluca me va a echar don Ricardo, cuando vea que no he escrito las cartas!

**Petrita.** No se preocupe usted, que con la que le tenemos preparada se le olvidará todo.

**Perdiguero.** ¡Ah! ¿Sí?

**Petrita.** ¡Vaya una encerrona!

**Perdiguero.** Dígame, dígame.

**Petrita.** En primer lugar lo que tengo que decirle es que es usted un mal amigo mío, Perdiguero.

**Perdiguero.** ¡Petrita!

**Petrita.** ¡Un mal amigo! Callarme un secreto cuando pretende usted ganar mi confianza es un mal sistema.

**Perdiguero.** Pero, Petrita, yo...

**Petrita.** Ya sé que usted no tiene culpa. Ahora, que todo ha sido inútil Están ustedes descubiertos. Es decir, está descubierto su jefe, don Ricardo Valcárcel, que era el que quería permanecer en la sombra. Ya no le sirve guardar el incógnito. Sabemos quién es y se lo diremos a él en persona.

**Perdiguero.** (Aterrado.) ¡Por Dios, Petrita! ¿A él? ¡A ver si cree que he sido yo y...!

**Petrita** ¡Usted no se preocupe!

**Perdiguero.** ¡Ah, bueno, bueno!

**Petrita.** Claro es que todo estaba bien preparado por ustedes, pero no contaron con la huéspeda. Y la huéspeda, en este caso, ha sido Áurea, que es una mujer muy instruída y muy aficionada a leer libros y revistas, y que, cuando menos por fotografía, conoce a todo bicho viviente. Ella fué la que nos dió la voz de alarma, y la que nos dijo: —ese señor de las gafas de concha, que se hace llamar don Ricardo Ventura, es don Ricardo Valcárcel, el gran novelista, autor de... (Se detiene un momento queriendo recordar algún título de las obras de Valcárcel, pero como la memoria le es infiel, se decide a confesar la verdad.) Áurea ha leído todos sus libros; yo, ninguno, pero los leeré. Mañana mismo iré a comprar

los a la librería de González Anaya, y se los daré a don Ricardo para que me los dedique y me los firme. ¿Qué tal?

**Perdiguero.** Me parece muy bien. Al que puede que no se lo parezca es a don Ricardo.

**Petrita.** ¡Pobre señor! Es un bendito. Desde que sabemos quien es, y una amiga suya nos ha contado su historia, sentimos por él un afecto y una simpatía, que estamos rabiando por hablarle. ¡Mi madre sobre todo! Aquí llega Áurea. ¡Áurea!

(Por la derecha sale ÁUREA.)

**Aurea.** ¡Podía yo estarla esperando en el jardín, Petrita.

**Petrita.** ¡Ah, sí, es verdad! Perdone usted. Me entretuve hablando con Perdiguero. (Presentándolos.) Don José Perdiguero, secretario del señor Valcárcel; la señorita Áurea Lámbarri.

**Perdiguero.** A sus pies.

**Aurea.** Tanto gusto.

**Petrita.** Le estaba diciendo a Perdiguero que, gracias a usted, habíamos descubierto la verdadera personalidad de don Ricardo.

**Aurea.** ¡Ah! ¿Sí? Supongo que no le disgustará.

**Perdiguero.** No creo...

(Por la izquierda sale de la casa DOÑA VALENTINA.)

**Doña Valentina.** Oye, Petrita, ¿es que nos vamos a pasar la mañana en el hotel? ¿No damos nuestro paseo?

**Petrita.** Sí, mamá; ahora mismo. (A Áurea.) Me parece que es esta la ocasión para darle el susto a don Ricardo ¿No, Áurea? (A Perdiguero.) Usted, Perdiguero, tenga la bondad de llamar a su jefe.

**Perdiguero.** ¿Cómo? ¿Yo? ¡Ah! Pero, ¿he de ser yo?

**Petrita.** Nadie más indicado. Usted le llama y luego ya procuraremos nosotros dejar a salvo su responsabilidad.

**Perdiguero.** ¡Ah, bueno, bueno! (Está visto que esta mujer hará de mí lo que quiera.)

**Doña Valentina.** Pero, escucha, Petrita, si para Perdiguero es un compromiso...

**Petrita.** ¡Ninguno, mamá!

**Perdiguero.** Ya lo oye usted; ninguno. (¡Pierdo la secretaría!) ¡Ninguno! (Yendo hasta el último término derecha y llamando a don Ricardo a quien se supone paseando por el jardín.) ¡Don Ricardo! Si me hace usted el favor... (A Petrita.) ¡Ya viene! (Por el último término derecha aparece DON RICARDO VALCÁRCEL.) Estas señoras, que deseaban... (La cara que pone don Ricardo y la mirada que le dirige a Perdiguero, hacen a éste perder el color y la serenidad, pero la sonrisa que le brinda Petrita es suficiente para obligarle a consumar su propio sacrificio.) (¡Dios mío, qué cara ha puesto! Pero, Petrita me sonríe... ¡Acabaré de consumar el sacrificio!

«Por una mirada, un mundo;
por una sonrisa, un cielo ..»)

(A don Ricardo.) A doña Valentina y a Petrita ya las conoce usted. (Presentándole a Áurea.) La señorita de Lámbarri.

(Áurea le ofrece su mano, que don Ricardo estrecha.)

**Don Ricardo.** Muy complacido al conocerla.

**Doña Valentina.** Esto, realmente, es un atraco, señor Valcárcel.

**Don Ricardo.** (Como si le hubieran puesto una corriente eléctrica.) ¿Cómo?

(Áurea, doña Valentina y Petrita se ríen. Don Ricardo mira airadamente a Perdiguero y éste hace gestos de disculpas.)

**Doña Valentina.** (Con ironía.) Señor Valcárcel. Sabemos que es usted don Ricardo Valcárcel, el novelista insigne, aún cuando usted, modestamente, haya querido ocultar su nombre.

(Nueva mirada de don Ricardo a Perdiguero y nuevos gestos de éste.)

**Perdiguero.** ¡Yo, no; yo, no!

**Doña Valentina.** (Señalando a Áurea.) Esta señorita nos lo ha revelado.

**Don Ricardo.** (Cambiando su ceño de mal humor por un gesto de marcada complacencia.) ¿Usted?

**Aurea.** Perdón, si con ello he podido causarle una molestia.

**Perdiguero.** (Viendo el sesgo que toma la conversación.) Ahí donde la tiene usted es una asidua lectora de sus obras, don Ricardo.

**Don Ricardo.** (Cada vez más complacido.) ¡Ah!

**Petrita.** Y nosotras también. Prueba de ello que mañana vamos a comprar todos sus libros para que usted nos los dedique.

**Don Ricardo.** ¿Mañana los van a comprar? (Con ironía.) ¡Buenas lectoras!

**Doña Valentina.** Y a mí, por lo menos, señor Valcárcel, y perdone usted la confianza, ha de ponerme unos versos en un abanico.

**Don Ricardo.** Todo se andará. Todo se andará. Será usted servida. (Mirando a Petrita.) Es muy guapa su hija.

**Doña Valentina.** (Esponjada.) ¡Por Dios! ¡Saluda, Petrita!

**Don Ricardo.** ¡Muy guapa! (Brindándoselo a doña Valentina.) ¡Tiene a quien salir!

**Doña Valentina.** Favor que usted le hace. (A Petrita, que baja la vista al suelo.) ¡Tonta! No te pongas colorada.

**Petrita.** (Ruborosa.) ¡Mamá!

**Doña Valentina.** (A don Ricardo.) Es muy vergonzosa y muy tímida.

**Don Ricardo.** (Con la intención de un miura.) Y... ¿a quién ha salido?

**Doña Valentina.** (Sin comprender el puyazo.) A su padre, que era una gacela.

**Don Ricardo.** ¡Ya!

**Perdiguero.** Don Ricardo, estas amiguitas tenían proyectado ir a dar un paseo antes de comer...

**Don Ricardo.** ¡Ah! Pues, por mí, que no se priven...

**Doña Valentina.** ¡Por Dios, Perdiguero! Gustosísimas nosotras...

**Perdiguero.** No, no, si lo decía porque como tambien don Ricardo pensaba pasear, podíamos ir juntos... (Don Ricardo se lo quiere comer con los ojos.)

**Doña Valentina.** ¡Encantadas!

**Petrita.** ¡Ay, sí, sí!

**Don Ricardo.** (¡Pero este secretario es un miserable!...)

**Perdiguero.** Así, con tan agradable compañía, será más grata la excursión ¿No, don Ricardo?

**Don Ricardo.** (Tascando el freno.) ¿Quién lo duda? (¡Lo mando a Madrid en el primer tren!) Pero, ¿y las cuartillas para el editor, Perdiguero?

**Perdiguero.** ¡Se envían mañana!

**Don Ricardo.** (Con una calma precursora de tempestad.)

Conforme, conforme. Mañana se enviarán. ¡Tú las llevarás a la mano!

**Perdiguero.** (Asustado.) ¿Cómo?

**Don Ricardo.** ¡Ya hablaremos de eso!

**Perdiguero.** ¡Pero, don Ricardo!..

**Don Ricardo.** (¡Toma paseíto! ¡Toma paseíto!)

**Perdiguero.** ¡Petrita, por Dios, influya usted!... ¡Me quiere mandar a Madrid!

**Petrita.** ¡Usted no se preocupe!

**Perdiguero.** ¡Ah, bueno, bueno!

**Don Ricardo.** (A Áurea.) ¿También es usted de la partida?

**Aurea.** ¿Por qué no? ¡Con mucho gusto!

**Doña Valentina.** (Animándolos a todos.) ¡Vamos, vamos!

(Por la izquierda, de la casa, sale DOÑA ROSARIO.)

**Petrita.** Y ¿adónde vamos? ¿Al Pedregalejo, a la playa, al Palo?

**Don Ricardo.** Lo que ustedes dispongan.

**Perdiguero.** (A Petrita.) Vayamos donde vayamos, don Ricardo va al *palo*. ¿No ve usted qué cara?

**Doña Rosario.** ¿Qué es eso? ¿Se marchan ustedes? A dar un paseíto ¿eh? A hacer ganas de comer. ¡Me parece de perlas!

**Doña Valentina.** (A doña Rosario, refiriéndose a don Ricardo.) Nos los llevamos, doña Rosario.

**Doña Rosario.** Bien hecho. (A don Ricardo.) ¿Qué te dije? ¡Ya te lo anuncié! ¡Te has caído, Ricardo, te has caído!

**Don Ricardo.** ¿Quién? ¿Yo? ¡Ca! ¡El que se ha caído es éste! (Por Perdiguero.)

**Perdiguero.** ¡Pero don Ricardo!...

**Don Ricardo.** (A Perdiguero.) ¡Anda, anda! ¡Ya ajustaremos cuentas, ya ajustaremos cuentas!

(Salen por el foro, animadamente, Áurea, doña Valentina, Petrita, don Ricardo y Perdiguero; este último haciendo a don Ricardo protestas de su inocencia. Doña Rosario se queda a la puerta viéndoles marchar. Por el lado opuesto del foro aparece EL DESCONOCIDO, pálido y descompuesto. Doña Rosario al verle ahoga un grito de sorpresa.)

**El Desconocido.** (Dirigiendo sus miradas hacia el sitio por donde se han marchado don Ricardo y los demás.) ¿Eh?

**Doña Rosario** ¡Gabriel! ¿Tú?

**El Desconocido.** (Entrando por el foro.) ¡Doña Rosario!

**Doña Rosario.** ¿Qué vienes tú a hacer aquí?

**El Desconocido.** Es él, ¿verdad? ¿No es él? ¿Mi hermano? ¿Ricardo?

**Doña Rosario.** Sí.

**El Desconocido.** ¡Quién pudiera abrazarle!... ¡Pero me odia, me odia!...

**Doña Rosario.** ¡Tú lo quisiste!

**El Desconocido.** Y va de luto, ¿no? ¿Por quién lleva luto?

**Doña Rosario.** ¿Y lo preguntas?

**El Desconocido.** ¿Qué? ¿Ha muerto mi madre quizás?

**Doña Rosario.** ¿No lo sabías?

**El Desconocido.** ¡No, doña Rosario!

**Doña Rosario.** Pues, hijo, perdona, pero, ¿cómo suponer que no estabas enterado?

**El Desconocido.** ¿Por quién lo iba a saber? Él no me lo ha escrito, y yo no me trato con nadie, vivo errante y solo...

**Doña Rosario.** Perdona entonces, perdona.

**El Desconocido.** (Llorando y echándose de bruces sobre la mesita.) ¡Qué pena, doña Rosario, qué pena y qué vergüenza!

**Doña Rosario.** ¡Gabriel! (Mirándolo con lástima.) (Llora, está llorando... ¡Pobre! ¡No debe ser tan malo como dicen!)

(El Desconocido sigue llorando y doña Rosario lo contempla con ojos de misericordia. Cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

# ACTO SEGUNDO

Hall del hotelito de doña Rosario. Al foro, un gran arco que separa el hall propiamente dicho de una galería de cristales, que da frente al mar. En esta galería, varias mesitas y sillas de mimbre. En el lateral derecho, primer término, puerta de entrada, que comunica al jardín que conocimos en el primer acto. En segundo término, entre la puerta y el foro, un piano cerrado, con adornos caseros en su tapa superior: castañuelas con lazos de colores, figuritas, retratos, etc., etc. Al lado del piano, su correspondiente taburete. En la pared, sobre el piano, un espejo de regular tamaño, con marco dorado a fuego. En el lateral izquierdo, dando frente al público, el arranque de una escalera de mármol, de la que se verán cuatro o cinco peldaños y un descansillo, con un paso de alfombra, y que se supone continúa en ángulo recto, hacia la izquierda, por el hueco abierto en el muro a la altura del descansillo. Junto a la escalera, en lugares apropiados, unos macetones con plantas. En el centro de la escena, sobre un tapiz, una mesa ovalada, de madera curvada y tapa de mármol, con servicios de escribir, periódicos y revistas ilustradas. Alrededor de la mesa, varias butacas. Aparatos de luz. Suelo de mosaicos. Comienza la acción en las primeras horas de una mañana, luminosa y alegre. Se supone que del acto primero al segundo ha transcurrido un día.

—

(Al levantarse el telón entran en escena, por la puerta de la derecha, MARÍA DE LA LUZ, seguida de DOÑA ROSARIO y LAURA. Laura y doña Rosario vienen de misa, y ambas se tocan

con sendos velitos y llevan en las manos libros de oraciones. Laura es una jovencita de veinte años, humilde y callada.)

**Doña Rosario.** (A María de la Luz,) ¿Qué? ¿Ha ocurrido algo mientras hemos estado en la iglesia? (Se quita el velo, que dobla cuidadosamente, dejándolo sobre la mesa.)

**María de la Luz.** Ná, señora.

**Doña Rosario.** ¡Más vale así!

**María de la Luz.** Doña Valentina y su hija salieron a eso de las diez, y un momento antes también salió la señorita Áurea. Don Ricardo, que se marchó a las ocho, ha vuerto ahora poquito, y en er comedó se está desayunando. El único que no se ha movío de la casa es er señó Perdiguero, que yeva metío en su cuarto desde las nueve y media, dando unos gritos y diciendo unas cosas más raras y manoteando de una forma... (Pretendiendo imitar la actitud de Perdiguero.) ¡Ah! ¡Sí! ¡Tú! ¡Yo! ¡Ah! ¡Oh! ¡Traidora! ¡Tú! (Volviendo a su tono.) ¡Como si estuviera representando una funsión!

**Doña Rosario.** Pues, ¿y eso?

**María de la Luz.** Yo me he permitío entrá pa preguntarle qué le pasaba—¿sabe usté, señora?—y ér me ha dicho que lo deje, que le estaba soplando la musa.

**Doña Rosario.** ¿Cómo?

**María de la Luz.** Eso me ha dicho ér; pero yo le juro a usté que he mirao hasta por los rincones, y no he visto que le soplara nadie. ¡Pa mí que ese señó no está güeno de la cabesa! A no sé que le yame soplá a... (Acción de beber.) ¡Y en ese caso, pué que sí!

**Laura.** ¡Calla, María de la Luz!

**Doña Rosario.** ¿De modo que no ha venido nadie preguntando por mí?

**María de la Luz.** ¡Ah, sí, señora! Se me había orvidao. Un ratito después de marcharse usté, ha estao aquí a buscarla er señó ese con quien estuvo usté hablando ayé de mañana en er jardín.

**Doña Rosario.** ¿Gabriel?

**María de la Luz.** ¡Ese que paese un músico!

**Doña Rosario.** ¿Y qué te ha dicho?

**María de la Luz.** Ha quedao en vorvé.

**Doña Rosario.** (A Laura.) ¿Lo estás viendo? Pues de hoy no pasa el que yo le plantee la cuestión a Ricardo.

**Laura.** ¡Claro, mamá! Y si a ello te has comprometido...

**Doña Rosario.** Sí, hija, sí; pero no sé qué me da de pensar que se niegue. Y se negará; estoy segura. ¡Le conozco bien! Ahora, que tú tienes razón; me he comprometido, y hay que salir del atranco como sea. Y si me falla, le encomendaré el asunto a Áurea, en la seguridad de que, si ella no lo consigue de Ricardo, no lo consigue nadie.

**Laura.** ¡Hay que ver lo amigos que se han hecho en tan poco tiempo!

**Doña Rosario.** Es que Áurea es una mujer muy atractiva... ¡Así está doña Valentina, que se la llevan los demonios!

**Laura.** Pero, ¿es que pensaba?...

**Doña Rosario.** ¡Tú verás! ¡A la vejez, viruelas!

**Laura.** (Riéndose.) ¡Se necesita humor!

**María de la Luz.** (Mirando por la galería, hacia la derecha.) Aquí sale don Ricardo.

**Doña Rosario.** (Dándole a Laura el velo y los libros de oraciones.) Toma, Laurita, hija; haz el favor de dejar esto en mi alcoba.

(Laura se encamina hacia la escalera y, por la derecha de la galería, sale DON RICARDO VALCÁRCEL, más atildado y pulcramente vestido que en el acto anterior, pero siempre de luto, procurando demostrar en algunos detalles de su tocado que se preocupa de su adorno personal. Lleva una corbata de lazo, hecho con singular esmero. Su melancólica tristeza se ha trocado en una alegría sana y comunicativa.)

**Don Ricardo.** Buenos días nos dé Dios a todos.

**Laura.** Buenos días, don Ricardo. (Desaparece por la escalera.)

**Doña Rosario.** ¡Hola, hombre!

**Don Ricardo.** De misa, ¿eh?

**Doña Rosario.** De cumplir con nuestros deberes religiosos.

**Don Ricardo.** ¡También yo! Lo que mi madre grabó en mí, no lo ha borrado el tiempo.

**Doña Rosario.** ¡Eso te honra!

**Don Ricardo.** ¿Y mi secretario? ¿No se ha dado a luz todavía? ¿Se le han pegado las sábanas? ¡Gandul! No aprovechar estas mañanas de sol, tan hermosas y tan únicas... ¡Qué juventud, Rosario!

**Doña Rosario.** Te equivocas, porque creo que está

levantado desde no sé cuándo. Ahora que, según dice la muchacha, se halla dedicado a martirizar a las musas.

**Don Ricardo.** ¿Cómo? ¿No dejarlas descansar ni en domingo? Es una crueldad y una falta de galantería. ¡Que salga aquí inmediatamente!

**Doña Rosario.** María de la Luz, avisa al señor Perdiguero. (María de la Luz se marcha por la izquierda de la galería.)

**Don Ricardo.** ¡Qué demonio de chico! Va a concluir en un manicomio.

**Doña Rosario.** (Después de una pequeña pausa.) Oye, Ricardo...

**Don Ricardo.** (Sentándose cerca de doña Rosario.) Tú me dirás...

**Doña Rosario.** Desde ayer estoy queriendo hablarte de un asunto, y sin atreverme...

**Don Ricardo.** ¿Cómo es eso? No atreverte...

**Doña Rosario.** Y tú has de disculpar el que yo me meta donde no me llaman; pero si lo hago es forzada por las circunstancias y convencida de que con ello cumplo un sagrado deber...

**Don Ricardo.** Basta de preámbulos. Acaba ya. ¿De qué se trata?

**Doña Rosario.** Tu hermano Gabriel quiere que lo recibas.

**Don Ricardo.** ¿Qué? (El rostro de don Ricardo se cubre de una intensa palidez,)

**Doña Rosario.** Ayer lo encontré, por casualidad, al cabo de un siglo de no verle, y me suplicó que intercediera contigo para que lo perdonases. ¡Es otro hombre! No lo has de conocer. El pobre, hasta ignoraba la muerte de su madre. ¡Si le hubieras visto llorar!... Es bueno, es bueno y no hay razón para que tú te obstines en rehuir...

**Don Ricardo.** (Con la voz velada por la emoción.) Rosario... No sigas. Yo te estimaré, como un favor señaladísimo, que no me digas nada de mi hermano.

**Doña Rosario.** ¡Madre del Amor Hermoso!

**Don Ricardo.** Para mí dejó de existir el día en que huyó de mi casa, y no quiero que me hablen de él.

**Doña Rosario.** Pues no te paga el muchacho con la misma moneda. A él se le llena la boca ponderándote a ti... ¡Al santo de su hermano!

**Don Ricardo.** ¡A él, quizás!

**Doña Rosario.** Entonces, ¿no has de verle?

**Don Ricardo.** Nunca.

**Doña Rosario.** ¿Ni a tus hermanas?

**Don Ricardo.** ¡Tampoco!

**Doña Rosario.** ¡Ricardo!...

**Don Ricardo.** Doblemos la hoja, Rosario. Son tristes recuerdos, ya dormidos en mí, y que no quiero despertar. Mi pobre madre murió llamándoles a ellos, a Gabriel y a las otras... ¡A mí, que me tenía a su lado, ni me nombró siquiera! Y ese dolor, esa amargura que causaron a mi madre, yo nunca los podré olvidar ni perdonar. ¡Nunca, Rosario! Doblemos la hoja. ¡Por favor!

**Doña Rosario.** Bueno, bueno. Como quieras. No ha sido mi intención...

**Don Ricardo.** ¡Claro, mujer!

**Doña Rosario.** Si hubiera sospechado ..

**Don Ricardo.** (Levantándose.) No te esfuerces.

**Doña Rosario.** (Suspirando.) ¡Cómo ha de ser! (¡Veremos si Áurea es más afortunada!)

**Don Ricardo.** (Paseando.) (Que se le llena la boca hablando de mí... ¡Ingrato! ¡Ingrato!)

(Por la izquierda de la galería sale PERDIGUERO, hecho un brazo de mar.)

**Perdiguero.** Buenos días, mi querido jefe..

**Don Ricardo.** (Abstraído aún en sus pensamientos.) ¡Hola!

**Perdiguero.** Perdone usted que no haya venido antes, pero estaba terminando una estrofa un poco difícil...

**Don Ricardo.** Ya, ya.

**Perdiguero.** Buenos días, doña Rosario.

**Doña Rosario.** (Ensimismada también en sus pensamientos.) Buenos días, Perdiguero.

**Perdiguero.** (Dirigiendo sus miradas a doña Rosario y a don Ricardo, sorprendido al ver la actitud de los dos.) (¡Caray! ¿Qué ocurre?)

**Don Ricardo.** Conque versitos, ¿eh?

**Perdiguero.** ¡Pchs! ¡Una cosilla! Por matar el tiempo.

**Don Ricardo.** Y las cartas, sin escribir, y las cuartillas, sin enviarse al editor... ¡Sí que me he lucido contigo!

**Perdiguero.** Descuide usted, don Ricardo, que hoy, sin falta, quedará todo despachado.

**Don Ricardo.** Lo mismo me dijiste ayer y me dirás mañana. Al fin y a la postre tendré yo que ocuparme de la correspondencia, si quiero que mis asuntos marchen como es debido.

**Perdiguero.** No, don Ricardo. ¡Mi palabra, que hoy lo dejo todo listo!

**Don Ricardo.** ¡Ya lo veremos! Y ¿qué has hecho? Sepamos. Lee.

**Perdiguero.** Pero, ¿aquí?

**Don Ricardo.** ¿Qué pasa?

**Perdiguero.** Nada.

**Doña Rosario.** Mire usted, Perdiguero, si le da a usted rubor de leer en mi presencia, yo me marcho, que no quiero estorbar.

**Perdiguero.** ¡No, señora! ¡Por Dios! ¡De ninguna manera! Casualmente se trata de una composición que pienso mandar a *Mundo Gráfico*... ¡Calcule usted! No es eso, no; al contrario. ¡Muy honrado yo con que usted la conozca!

**Doña Rosario.** Serán versos a Petrita, por supuesto.

**Perdiguero.** No, señora, no.

**Don Ricardo.** ¿Cómo no?

**Perdiguero.** No, don Ricardo, no son a Petrita; aunque, desde luego, se alude en ellos a Petrita, claro está. ¡Son... a la de Madrid!

**Don Ricardo.** ¡Canario!

**Perdiguero.** ¡De liquidación de cuentas!

**Don Ricardo.** Ya.

**Perdiguero.** No me gusta tener nada pendiente. Y antes de empezar una cosa procuro siempre dejar resuelta la anterior. ¿Comprende usted?

**Don Ricardo.** ¡Excelente sistema para que lo empleases también en la secretaría!

**Perdiguero.** ¡Don Ricardo!

**Don Ricardo.** ¡Vamos, anda ya! Lee.

**Perdiguero.** Con mucho gusto. (A doña Rosario.) ¡Veremos si merecen la aprobación del maestro. (Sacando una cuartilla del bolsillo y leyendo con mucho énfasis y en tono declamatorio.) ¡Ni el desprecio!

**Doña Rosario.** ¿Qué es eso?

**Perdiguero.** El título.

**Doña Rosario.** ¡Ah!

**Perdiguero.** ¡Ni el desprecio!

**Don Ricardo.** Ya lo hemos oído.

**Perdiguero.** Pero lo repito para que no se pierda la idea de la composición.

**Don Ricardo.** Ya, ya.

**Perdiguero.** ¡Ni el desprecio!

**Don Ricardo.** ¡Y torna!

(Perdiguero avanza dos pasos, tose un par de veces, se tira del puño de la mano derecha mientras con la izqnierda sostiene temblorosamente la cuartilla )

**Perdiguero.** (Leyendo.)

No me importa tu vida miserable
de pecadora, ni me importa nada
que entregues por dinero el adorable
tesoro de tu carne sonrosada.

**Doña Rosario.** (Haciéndose cruces.) ¡Jesús, María y José! Yo no debo oír esas cosas. Me marcho.

**Don Ricardo.** ¡Caray, Perdiguero, hijo mío!... Pero, ¿con quién te tratas?

**Perdiguero.** ¡Déjenme ustedes seguir y no se marche, doña Rosario, que al final puede que le guste!

**Doña Rosario.** ¡A mí qué me han de gustar esas atrocidades!

**Perdiguero.** ¡Un momento! (Continuando la interrumpida lectura.)

Ni me importa tampoco que me olvides
para ser de otros hombres, ni pretende
mi corazón vencer en estas lides
del amor que se compra y que se vende.

**Doña Rosario.** (Horrorizada.) ¡Vamos, vamos!... ¡Este muchacho está dejado de la mano de Dios!

**Perdiguero.** (Leyendo.)

Yo soy un paladín de más altura...

**Don Ricardo.** ¡Alto ahí, Perdiguero! ¿Tú, paladín?

**Perdiguero.** ¡Don Ricardo, por Dios, que así no hay poesía que resista! (Volviendo a su lectura.)

Yo soy un paladín de más altura
y sólo puedo consagrar mi vida
al culto de una virgen, blanca y pura...

**Don Ricardo.** (¡Ya apareció Petrita!)
**Perdiguero.** (Leyendo.)

¡Y no al amor de una mujer perdida!

**Don Ricardo.** ¡Fuerte, fuerte!
**Doña Rosario.** ¡Vinagre de yema, hijo! Y, ¿a eso le llama poesía este mamarracho?
**Perdiguero.** (Leyendo y exaltándose cada vez más.)

Engaño el tuyo fué si en mi delirio
de necia vanidad pudiste, loca,
pensar que causaría mi martirio
no conseguir los besos de tu boca.

(A don Ricardo.) Y aquí viene lo bueno.
**Don Ricardo.** ¡Vamos a ver!
**Perdiguero.** (Leyendo.)

Que yo te despreciara tú quisieras,
pero no soy tan torpe, ni tan necio.
Yo desprecio a mujeres; las rameras...

**Don Ricardo.** ¡Atiza!
**Doña Rosario.** (Santiguándose.) ¡Ave María Purísima!
**Perdiguero.** (Dando fin a su poesía.)

¡No alcanzan ni el honor de mi desprecio!

(Y se guarda su cuartilla.)
**Doña Rosario.** (¡Jesús, Jesús y mil veces Jesús! ¡Qué desatino!)
**Don Ricardo.** Y te habrás quedado descansando.
**Perdiguero.** Sí, señor.
**Don Ricardo.** ¡Pues eres un temperamento!
**Perdiguero.** ¿Están mal?
**Don Ricardo.** Hombre... ¡No sé! Ripiosos, son ripiosos; vulgarcitos, no digamos, y el lugar común se da con una profusión que, si fuera trigo, te hacías millonario.
**Perdiguero.** ¿Total?...
**Don Ricardo.** Pero suenan, eso, sí; suenan...
**Doña Rosario.** Suenan a demonios, Ricardo. Hay cierta palabrita al final...

**Perdiguero.** Ya sé cuál dice usted. Sí, algo cruda resulta; es verdad. Yo quería haber puesto hetaira, que es más dulce,—¿sabe usted?—pero no le encontraba consonante apropiado. Como no fuera Alcalá de Guadaira y, francamente, Alcalá no me cabía dentro de la composición.

**Don Ricardo.** ¡Claro!

**Perdiguero.** Después de todo, para cuatro duros que pagan... ¿Eh, don Ricardo?

**Don Ricardo.** ¡Desde luego! ¡Más te has de gastar en árnica!

**Perdiguero.** ¿En árnica?

**Don Ricardo.** Si la interesada lee los versos, no te quepa duda.

**Perdiguero.** Es que no se dará por aludida.

**Don Ricardo.** En ese caso...

**Perdiguero.** ¿De modo que aprobados?

**Don Ricardo.** ¿Qué remedio? Estás tú tan recomendado al Tribunal que ¿quién te los suspende?

**Perdiguero.** (Abrazando a don Ricardo.) ¡Gracias, don Ricardo! Esta misma tarde se los envío al director para ver si salen en el número próximo.

**Don Ricardo.** ¡Y de paso, mis cuartillas, Perdiguero!

**Perdiguero.** ¡Descuide usted!

**Don Ricardo.** Que a ti, con las glorias, se te van las memorias.

**Perdiguero.** (Radiante de satisfacción.) ¡Descuide usted, descuide usted! ¡Estoy contento, muy contento! (Declamando.)

Altanera me ofendes, ¡oh, infanzona!...

**Doña Rosario.** ¡Más versos, no, Perdiguero!

**Don Ricardo.** Cierra la espita, hijo. ¡Ya está bien!

**Doña Rosario.** (A Perdiguero.) Que usted acabará por volvernos locos a todos. ¡Señor, Señor, qué cosas se escriben y se publican! En mis tiempos, los poetas pensaban de otro modo; eran más recatados y galantes. Conservo todavía en la vitela descolorida de un viejo abanico unos versos que me escribió, siendo muchacha, un tal Gerona... (A don Ricardo.) ¿Te acuerdas de Gerona?

**Don Ricardo.** ¡Ya lo creo! Poeta de flor natural en casi todos los certámenes andaluces.

**Doña Rosario.** ¡Aquellos sí que eran versos! Decían así:

Creyendo que era un clavel
tu boca tan encendida,
una abeja distraída
la picó y extrajo miel.

**Perdiguero.** (Riéndose.) ¡Huy, extrajo! ¡Qué ripio!
**Don Ricardo.** «La picó, sacó miel, fuese volando...»
**Perdiguero.** Glosa de un madrigal al estilo clásico. ¡También las hago yo!
**Doña Rosario.** Usted, ¿qué ha de hacer, so tarambana?
**Perdiguero.** ¡Anda! ¡Y mejores! Pero eso está ya muy anticuado, doña Rosario. La corriente de los gustos modernos marcha por otros cauces.
**Doña Rosario.** Ya, ya sé yo qué cauces... ¡Por las alcantarillas! Todo es basura y podredumbre; no hay un papelucho que se pueda leer sin sonrojarse.
**Perdiguero.** ¡Doña Rosario!
**Doña Rosario.** (Levantándose.) ¡Déjeme usted en paz!
**Don Ricardo.** (A Perdiguero.) Se ha enfadado...
**Perdiguero.** ¡Pero, doña Rosario!...

(Por la escalera baja LAURA, con un traje de casa.)

**Laura.** ¿Quieres algo de mí, mamá?
**Doña Rosario.** Nada, hija mía.
**Laura.** Pues me voy a mi obligación. ¡A la cocina!

(Laura se marcha por la derecha de la galería, y por la puerta de la derecha, entran en escena DOÑA VALENTINA y PETRITA, con trajes de calle.)

**Doña Valentina.** Buenos días.
**Petrita.** Buenos días.
**Don Ricardo.** Felices los tengan ustedes.
**Perdiguero.** ¡Hola, Petrita!
**Doña Valentina.** ¡Qué mañana hace! ¡Qué hermosura! Sudando estoy. Y además vengo desfallecida.
**Doña Rosario.** Pues ande, ande a desayunarse, antes de que sea más tarde.
**Doña Valentina.** ¿Vienes, Petrita?

**Petrita.** ¿Quién? ¿Yo? ¿Tomar ahora el desayuno? No, mamá; no podría comer luego.

**Doña Valentina.** Hija, pues yo no me encuentro con fuerzas para esperar hasta la hora de la comida, porque estoy viendo que me va a dar un vahído.

**Doña Rosario.** Ande, doña Valentina, ande.

**Doña Valentina.** Con su permiso, Valcárcel.

(Desaparecen por la derecha de la galería doña Valentina y doña Rosario. Petrita y Perdiguero hablan en voz baja, de pie, cerca de la escalera. Don Ricardo se queda contemplándolos un punto, tose para ver si notan su presencia y, en vista de que no le hacen caso, opta por marcharse.)

**Don Ricardo.** (¡A mí coloquios, no! Prefiero ver arrullarse a los gorriones en el jardín que a estos palomos bajo techado. (Suspira. Vuelve a mirar a Petrita y Perdiguero que continúan embebecidos en su charla y viendo que todo es inútil, desiste de su propósito.) ¡Nada! ¡En el quinto cielo!) (Sale por la puerta de la derecha.)

**Petrita.** Bueno, ¿y qué ha hecho usted en toda la mañana?

**Perdiguero.** Pues no he salido de casa.

**Petrita.** ¿Es posible?

**Perdiguero.** Como se lo digo a usted.

**Petrita.** ¿De modo que no ha oído usted misa?

**Perdiguero.** ¡Ah! Pero hoy ¿es día de misa?

**Petrita.** Domingo. ¡Usted verá!

**Perdiguero.** ¡Ah! Hoy ¿es domingo?

**Petrita.** ¡Claro, herejote!

**Perdiguero.** Es que no sé ni en la ley que vivo. En saliendo de Madrid, como no miro el almanaque...

**Petrita.** Ande, hombre. ¡Vaya a misa! (Mirando su reloj de pulsera.) Todavía tiene usted tiempo; todavía puede coger la de doce y media en el Santo Cristo, y si no, la de una en Santiago.

**Perdiguero.** Pero, como no sé donde están Santiago, ni el Santo Cristo...

**Petrita.** Pregunte; que preguntando se va a Roma.

**Perdiguero.** Es que antes tengo que hacer unos trabajos que me ha encargado don Ricardo.

**Petrita.** ¡Primero es Dios!

**Perdiguero.** Perdone usted; primero es la obligación que la devoción.

**Petrita.** Pero, en este caso, la obligación es ir a misa. Conque, márchese.

**Perdiguero.** Bueno, bueno. Usted va a ser causa de que don Ricardo me despida. En serio, Petrita, que me tengo que escribir tres cartas y que hacerme un paquete.

**Petrita.** Pero, ¿más *paquete* que está usted hecho, Perdiguero? (Se ríe con esa risa estúpida de las niñas «bien».)

**Perdiguero** Como ingeniosidad, puede pasar.

**Petrita.** ¿Nada más que pasar?

**Perdiguero.** Nada más, Petrita.

**Petrita.** ¡Vaya por Dios! Con estos escritores hay que afinar tanto la puntería...

**Perdiguero.** No empiece usted a tomarme el pelo.

**Petrita.** ¿Yo? Usted me lo ha dicho.

**Perdiguero.** Es verdad. Hago versos, publico algunos trabajillos en los periódicos... Pero, de eso a ser escritor... ¡Yo no soy más que un mal aficionado!

**Petrita.** ¡A ver cuándo me hace usted unos versos a mí!

**Perdiguero.** Cuando usted quiera, Petrita.

**Petrita.** Por el gusto de oírlos, no porque a mí me interesen los versos; que lo mismo los versos que las charadas y los jeroglíficos me parecen cosas de idiotas.

**Perdiguero.** ¡Caray!

**Petrita.** Tomarse el trabajo de estar dos horas pensando en que una palabra pegue con otra, cuando es tan fácil y tan claro decirlo en prosa... Yo, la verdad, he tenido siempre de los poetas una idea muy pobre.

**Perdiguero** ¡Pues sí que está usted dando vuelos a mi inspiración, Petrita!

**Petrita.** (En tono confidencial.) Si algo tiene usted que decirme alguna vez, dígamelo como se le ocurra, y en paz (Se ríe de ver la cara que pone Perdiguero.)

**Perdiguero.** Pero, por ejemplo, y aunque a usted le parezca cosa despreciable la poesía, ahora, después de oírla a usted reírse, yo le podría decir, en prosa, tiene usted una risa que es el trinar de un ruiseñor.

**Petrita.** ¡Dios mío, qué frase tan cursi, Perdiguero!

**Perdiguero.** ¿Verdad que sí? ¡No tiene valor! Y en cambio, en verso le hubiera dicho:

La divina risa loca,
de la rosa de tu boca,
como un pájaro levanta
desde tus labios el vuelo
y hacia el puro azul del cielo
mientras va volando, canta.

**Petrita.** ¡Jesús! Que es mucho más cursi todavía que lo anterior, con la agravante de que se lanza usted a hablarme de tú sin que nadie le haya dado permiso para eso.

**Perdiguero.** ¡Pero, Petrita!..

**Petrita.** Desde luego queda usted desautorizado para decirme nada, ni en prosa, ni en verso, mientras no se ponga usted a tono con la corriente moderna. Está usted muy anticuado para hacer el amor, Perdiguero. Los chicos *bien* de ahora tienen otro estilo.

**Perdiguero.** ¡Ah! ¿Y a usted le gusta el estilo de los chicos *bien* de ahora?

**Petrita.** A mí, sí. ¡Soy una mujer de mi tiempo!

**Perdiguero.** Pues no me diga usted más, Petrita. ¡Se ha caído usted con todo el equipo!

**Petrita.** (Contenta.) ¡Por ahí, por ahí!

**Perdiguero.** (Acercándose a ella y hablándole en tono chulesco.) ¡Negrales!

**Petrita.** ¡Por ahí!

**Perdiguero.** ¡La *fetén*, que me gusta usted más que el *coci*, prenda!

**Petrita.** (Cada vez más contenta.) ¡Por ahí, Perdiguero!

**Perdiguero.** Pero, bueno, le advierto a usted, Petrita, que eso se lo vienen diciendo los organilleros a las chulas hace cuarenta años. Más viejo no puede ser. Sólo que ahora, el *modo* de hablar de la gente del bronce ha pasado a ser *moda* entre la aristocracia. *¡Nihil novum*, Petrita! ¡Qué juventud, como dice don Ricardo!

(Por la puerta de la derecha entra en escena ÁUREA, con traje mañanero.)

**Aurea.** Buenos días, amiguitos.

**Perdiguero.** Buenos días, Áurea.

**Petrita.** (Mirando su reloj.) ¡Huy, la misa, Perdiguero! ¡Corra usted! (Perdiguero se encamina rápidamente hacia el foro.) ¡Que ya no coge usted ni la de una!

**Perdiguero.** ¡Ah! Pues, entonces... (Se detiene.)

**Petrita.** ¡Sí la coge!

**Perdiguero.** ¿En qué quedamos?

**Petrita.** ¡Pero dése usted prisa!

**Perdiguero.** ¡Ya mismo! (Se marcha por la izquierda de la galería.)

**Aurea.** Por lo visto, esto marcha, Petrita.

**Petrita.** ¡Ca! No lo crea usted. Me divierto sencillamente. Estaba aquí tan aburrida...

(Por la izquierda de la galería sale PERDIGUERO con su sombrero puesto y se dirige hacia la puerta de la derecha.)

**Perdiguero.** ¡Hasta luego, Petrita!

**Petrita.** (Dándole prisa.) ¡Vamos, hombre!

**Perdiguero.** ¡Hasta luego, Áurea!

**Aurea.** ¡Hasta luego, Perdiguero!

**Petrita.** ¡Que se fije usted en el color de la casulla!

**Perdiguero.** (Volviéndose.) ¿Cómo?

**Petrita.** ¡Corra usted!

**Perdiguero.** (Atolondrado.) ¡Sí, señora! (Sale disparado por la puerta de la derecha. Petrita da un grito.)

**Petrita.** ¡Ay! Creí que rodaba por la escalinata.

**Aurea.** Si lo vuelve usted tarumba.

**Petrita.** ¡Pobre Perdiguero! Es muy buen chico.

(Áurea se quita el sombrero y con él en la mano se dirige hacia la derecha de la galería, cuando por el mismo lado sale DOÑA VALENTINA.)

**Aurea.** (Al cruzarse con doña Valentina.) Dios guarde a usted, doña Valentina.

**Doña Valentina.** (Con gesto desabrido.) ¡Hola! (Áurea se marcha por la derecha de la galería.) Cada día me va cargando más esta marisabidilla.

**Petrita.** ¿Por qué, mamá? ¡Si es muy simpática!... Y antes mucho que te gustaba hablar con ella.

**Doña Valentina.** Pues ¿qué quieres, hija? ¡Me va cargando! No la puedo tragar; la tengo atravesada. ¡Anda, vamos a nuestro cuarto!

(Desaparecen las dos por la escalera. Pausa larga. Por la izquierda de la galería sale MARÍA DE LA LUZ, cruza la escena y se marcha por la puerta de la derecha. Hay otra pausa. Por la derecha de la galería salen DOÑA ROSARIO y ÁUREA, deteniéndose en el centro de la misma, sin pasar al hall.)

**Doña Rosario.** En usted confío, Áurea.

**Aurea.** De acuerdo, doña Rosario; pero si usted no lo ha conseguido, mal abogado puedo yo hacer en ese pleito.

**Doña Rosario.** Se equivoca usted. Hoy por hoy es usted, quizás, la única persona a quien Ricardo no es capaz de negarle nada de cuanto le pida.

**Aurea.** Esa es una opinión de usted.

**Doña Rosario.** La justa, Áurea.

**Aurea.** Conforme, doña Rosario. ¡Ojalá sea como usted dice! Yo le prometo a usted que por mí no ha de quedar.

**Doña Rosario.** Con eso, me basta. ¡Hasta ahora, Áurea!

**Aurea.** ¡Hasta ahora, doña Rosario!

(Doña Rosario se marcha por la izquierda de la galería y Áurea pasa al hall, se sienta al piano y empieza a tocar de memoria las sevillanas, de Albéniz. Un rato después de estar tocando Áurea aparece, por la puerta de la derecha, DON RICARDO VALCÁRCEL, el cual se queda un momento extasiado, oyendo la música y contemplando a Áurea.)

**Don Ricardo.** (Cuando Áurea deja de tocar y lo mira.) Bien, muy bien, amiga mía.

**Aurea.** (Riéndose.) ¡Ah! Pero, ¿estaba usted ahí?

**Don Ricardo.** Embelesado oyéndola.

**Aurea.** ¡Por Dios! Es usted muy amable. ¡Si no sé más que aporrear las teclas! (Se levanta del taburete del piano y se sienta en una de las butacas del centro.)

**Don Ricardo.** Y, ¿qué ha sido de usted, Áurea? ¿Dónde se ha metido?

**Aurea.** Acabo de llegar, don Ricardo. Salí a misa y luego, ya de vuelta, al pasar por el muelle, estaba el mar tan hermoso, que no he podido resistir a la tentación de dar un paseo en bote. ¡Y en eso se me ha ido la mañana!

**Don Ricardo.** ¡Qué casualidad! También yo he estado paseando, sólo que por tierra. Era un deseo acariciado por mí desde que llegué.

**Aurea** ¿Cual?

**Don Ricardo.** El de visitar de nuevo los lugares donde fuí dichoso en mis primeros años. ¡He vuelto a ser niño, a sentirme niño, Áurea!

**Aurea.** Ya se le ve; se le nota. Viene usted remozado, renovado... ¡Parece otro!

**Don Ricardo.** Y lo soy. ¡Lo soy! ¡Cuánto he gozado, Áurea! Usted no puede figurarse qué íntima ternura se siente en poder decir, al hallarse después de veintitantos años en un lugar que el tiempo ha respetado y que es igual, que es el mismo que nosotros conocimos: aquí fué, aquí pasó... ¡Cuánto he gozado!

**Aurea.** Bien que lo creo.

**Don Ricardo.** Pero, de todas las impresiones recibidas, ninguna tan fuerte como la experimentada al hallarme ante la Catedral. ¡Qué emoción tan pura al penetrar en sus naves, y qué punzante y vivo, al salir de ella, el deseo de subir al campanario! El temor de que flaquearan mis piernas en tan larga ascensión, me ha detenido un punto; pero luego, espoleado por el mismo deseo, ¿quién dijo miedo?, he exclamado, y sin pensarlo más, me he lanzado escaleras arriba. Un tramo, otro, otro, otro... Ya estamos en el primer balconcillo. ¡Ánimo, ánimo! Hemos llegado al piso de las campanas. Un poquito más y heme aquí en el giraldillo, en la mayor altura de la torre. ¡Qué espectáculo, Áurea! La palabra no acertará a describirlo. ¡Qué dulce brisa! ¡Qué intenso bienestar! El mar, como una balsa de plata, se extiende ante los ojos. El puerto, la bahía, la mancha verde del Parque, los lejanos pueblecillos costeros, el cielo azul, más lejos cuanto más cerca... Al filo de una hora me he pasado, mudo de emoción, contemplando el maravilloso paisaje. De pronto, tiembla el recinto, se estremece, parece que va a desmoronarse, a caer... Dan las nueve, la hora de alzar en la misa solemne que se celebra en el templo. Suenan las campanas, atolondrando el aire; primero una, y luego otra y otra, y después todas juntas, en un repique general, magnífico y glorioso. No acierto a moverme y allí sigo, ahogado entre el estruendo, quieto como un autómata. Al fin, cesa el repique y yo desciendo de la torre. Me zumban los oídos. Por la desierta Plaza del Obispo salgo al Parque, y aquí me encuentra usted, con el alma nueva y el corazón mozo. Tenía usted razón, Áurea; soy otro, parezco otro. ¡Acabo de cumplir los veinte años!

**Aurea.** ¡Los veinte años! Y son los suyos. ¡Veinte años!

**Don Ricardo.** ¡Ojalá!

**Aurea.** El espíritu manda.

**Don Ricardo.** Pero el tiempo no respeta sus mandatos, y se complace en poner surcos en nuestra frente y plata en los cabellos.

**Aurea.** ¡Vamos, vamos! ¿Estamos ya en lo de siempre? Tiene usted la coquetería de la edad. Le gusta a usted que se le diga: está usted hecho un pollo, don Ricardo. ¿Qué? ¿Hemos encontrado ya, durante ese paseo, la mujer que necesitamos?

**Don Ricardo.** Por mi desgracia, no.

**Aurea.** Pues es preciso hallarla. Un hombre solo, como usted, y sin familia, no va a ninguna parte. Se lo dice quien puede que no tenga para aconsejarle la autoridad de los años, ni los fueros de una antigua amistad; pero quien le tiene dadas, en el poquísimo tiempo que lo trata, pruebas de un afecto y de una simpatía, que nadie será capaz de poner en duda.

**Don Ricardo.** Y que yo le estimo de todo corazón.

**Aurea.** Pero sin hacerme caso.

**Don Ricardo.** Sí le hago caso, sí. Comprendo que perdí mi juventud en acariciar la ilusión de esta falsa gloria de la literatura; que, por entregarme con desmedido afán al trabajo, me olvidé del amor. Y ahora, al declinar de mi vida, es cuando lo vengo a notar. Mi soledad me apena y me entristece, y mi corazón busca otro corazón en donde reposar. ¡Lo necesita! ¡Pero ya es tarde, Áurea!

**Aurea.** ¿Quién lo ha dicho? En primer lugar, no está usted solo; tiene usted un hermano.

**Don Ricardo.** ¡Tuve tres!

**Aurea.** Pero, por lo menos, el que le queda en el mundo le busca y usted le huye. Y eso no está bien, don Ricardo. Hay que perdonar para que nos perdonen. Y respecto a lo demás, ¿cuántas mujeres no habrá por ahí que se considerarían dichosas si usted se dignase mirarlas?

**Don Ricardo.** (Con un dejo de amarga ironía.) ¿Cree usted que habrá muchas mujeres?

**Aurea.** ¡Muchas, don Ricardo! ¡Yo misma!...

**Don Ricardo.** (Con emoción.) ¿Eh?

**Aurea.** ¡Si ya no estuviese enamorada!

**Don Ricardo.** ¿Qué? Pero, ¿está usted enamorada, Áurea?

**Aurea.** Sí, don Ricardo, sí; ciegamente, locamente

enamorada. Ya que usted no ha tenido secretos para mí, yo no quiero tenerlos para usted. ¡Estoy enamorada!

**Don Ricardo.** Y ¿desde cuándo y de quién, si no es indiscreto el preguntarlo?

**Aurea** ¿Lo sé yo misma? Por ignorarlo todo, hasta ignoro cómo se llama mi amor; no tiene nombre. Es todo un pasaje de novela. Pero sé que vive en mí, que crece, que alienta, que me tonifica. Yo también, como usted, al quedarme sin padres y sola en el mundo, tuve que hacer frente a la vida, olvidando el amor. Mis libros y mis estudios absorbían todo mi tiempo; no me era dado pensar en otra cosa. Y una mañana, aquí, cuando menos lo esperaba, surgió ante mis ojos en la figura de un hombre guapo, joven, arrogante. Al verlo, sentí esa voz íntima, inconfundible, que nos dice: éste es, no podrá ser otro... Y un día, ayer precisamente, hablamos por la primera vez. Desde entonces no lo he visto más, pero sé que ha de volver y que yo le espero. Es cuanto puedo decirle a usted de este amor mío que, apenas si llegó a nacer y es ya toda la razón de mi vida. Por eso no debe usted desesperar tampoco. El amor muchas veces parece que huye y es que se acerca.

**Don Ricardo.** (Con la voz velada por la emoción.) Y otras también, parece qne se acerca y es que ha huído. Soñamos tenerlo aprisionado en nuestras manos, le acariciamos ya como cosa nuestra y le vemos escapar, esfumarse, desvanecerse... ¡Y es tan triste, Aurea!

**Aurea.** ¡Don Ricardo!... (Mirándole fijamente.) ¿Una lágrima en sus ojos?

**Don Ricardo.** Es posible. ¡Quizás porque haya una ilusión menos en mi corazón!

**Aurea.** ¡Don Ricardo!...

**Don Ricardo.** (Queriendo ocultar su emoción.) ¡Hablemos de otra cosa!

(Por la escalera bajan DOÑA VALENTINA y PETRITA, con trajes de casa.)

**Doña Valentina.** ¿Hay plan alguno hasta la hora de comer?

**Aurea.** Ninguno, doña Valentina; pero eso pronto se resuelve.

**Petrita.** Menos andar, mamá, lo que quieras.

**Aurea.** ¿Jugamos al tennis?

**Doña Valentina.** (A don Ricardo, mientras Petrita habla con Áurea.) ¿Usted qué opina, don Ricardo?

**Don Ricardo.** ¿Yo? No tengo opinión, señora.

**Doña Valentina.** Esta mañana he terminado de leer «Luz de los cielos». ¡Qué joya, don Ricardo!

**Don Ricardo.** ¿Le ha gustado?

**Doña Valentina.** Gustarme es poco; me ha encantado, me ha entusiasmado. ¡Qué primor! ¡Qué maravilla!

**Don Ricardo.** ¡Muy amable, señora! No vale la pena.

**Doña Valentina.** No diga usted.. ¡Por Dios! ¡Si es una delicia!

**Don Ricardo.** ¡Muy amable!

**Doña Valentina.** ¿Cómo se le ocurre a usted tanta cosa bonita? A mí me produce un asombro... (Suspirando.) ¡Qué felicidad sentirse amada por un hombre como usted!

**Don Ricardo.** (Alarmado.) ¡Doña Valentina!...

**Doña Valentina.** Debe de ser fantástico. Eso de no oír las vulgares palabras amorosas de los demás mortales... ¡Te quiero! ¡Me gustas más que el jamón!... ¡Qué idiotez!

**Don Ricardo.** (Echándose atrás.) ¡Señora!

**Doña Valentina.** (Acorralando materialmente a don Ricardo con sus insinuaciones.) ¡Qué prosaísmo! A un... ¡Mi corazón late a par del tuyo!... ¡En tus ojos, mi espíritu, estremecido de placer, tiembla como una lágrima! (Suspirando.) ¡Ay! ¡Se me saltan las mías! (Se vuelve hacia Petrita.)

**Don Ricardo.** (Atónito.) (¡Caray!)

**Doña Valentina.** Bueno, niña, ¿qué hacemos?

**Petrita.** Pues yo creo, mamá, que lo mejor quedarnos aquí, en el hall, hasta que nos llamen a la mesa. ¿No te parece?

**Doña Valentina.** Lo que quieras.

**Petrita.** Aparte de que hemos de esperar a Perdiguero, que ha ido a misa.

**Don Ricardo.** ¿Ha ido a misa?

**Petrita.** Sí, señor. Lo he mandado yo a que la oiga, porque a él no se le había pasado ni siquiera por la imaginación. Tiene usted un secretario que es un perro judío.

**Don Ricardo.** ¿Un perro Perdiguero?

(Las tres mujeres se ríen a carcajadas de la ocurrencia de don Ricardo, exagerando más la nota de doña Valentina.)

**Doña Valentina.** ¡Qué gracioso! ¡Qué ingenioso! (Mirándolo con las de Caín.) ¡Qué hombre!

**Don Ricardo.** (Sorprendido.) ¿Qué pasa? ¿A qué vienen esas risas?

**Doña Valentina.** A la gracia que ha tenido el retruécano. ¡Un perro perdiguero! (Volviendo a reírse.) ¡Es saladísimo!

**Don Ricardo.** Pues le advierto a usted, señora, que lo he dicho sin pensar. Y el Señor me perdone el pecado, porque aborrezco el retruécano.

**Doña Valentina.** Pero es que a ustedes se les sale el ingenio sin darse cuenta. Es un ánfora que se derrama. ¿Sabe el rosal por qué da rosas?

**Aurea.** ¡Jesús! ¡Cómo está usted hoy, doña Valentina!

**Doña Valentina.** (Picada.) Bien, ¿y usted Áurea? Creí que ya la había saludado.

(Nuevas risas por parte de Áurea, don Ricardo y Petrita. Por la izquierda de la galería sale DOÑA ROSARIO, con un periódico en la mano.)

**Doña Rosario** ¡Virgen! ¡Qué diversión! ¡Qué algarabía! Así me gusta, así me gusta... Oye, Ricardo, ¿tú has leído este periódico?

**Don Ricardo.** ¿Qué periódico?

**Doña Rosario.** *La Unión Mercantil.*

**Don Ricardo.** No.

**Doña Rosario.** Pues toma y lee.

**Don Ricardo.** ¿Qué dice? Cuéntamelo tú.

**Doña Rosario.** Poca cosa. ¡Tú juzgarás! Con grandes titulares y en primera plana: «Ilustre huésped. Valcárcel en Málaga.»

**Don Ricardo.** (Aterrorizado.) ¿Eso dice el periódico?

**Doña Rosario.** Y, por si no bastara, en los telegramas publica la noticia de que en la sesión de anoche, acordó la Española nombrarte académico de número, en la vacante de Ponzano. ¡No hay quien te libre ya de la popularidad ni del mosconeo!

**Don Ricardo.** No me lo digas. ¡Es horrible! Esto ha sido Piñita, el miserable de Piñita, a quien le voy a cortar las orejas en cuanto me lo encuentre.

**Doña Valentina.** ¡Amigo, no se puede ser célebre!

**Aurea.** Y que sea enhorabuena, don Ricardo, por

ese ingreso en la Academia, que yo ignoraba... ¡Es su consagración definitiva!

**Don Ricardo.** ¡Calle usted, calle usted! ¡Qué contrariedad! ¡Qué disgusto! ¡Pero ese Piñita!... Charlatán, enredador...

(Por la derecha de la galería sale LAURA.)

**Laura.** Cuando ustedes gusten pueden pasar al comedor.

**Doña Valentina.** ¡Pues vamos!

**Doña Rosario.** (A don Ricardo, que tiene fruncido el ceño.) Ricardo... ¡Pero no te pongas así, criatura! ¡No hay que ser tan hurón!

**Don Ricardo.** ¡Calla mujer, calla! ¡No sabes lo que esto me contraría!...

(Mucha alegría en todos, que se dirigen hacia el foro haciendo animados comentarios. Por la puerta de la derecha aparece MARÍA DE LA LUZ)

**María de la Luz.** (Dominando con su voz la de los demás.) ¿Señora? Don Gabrié Varcárse.

(Movimiento de expectación en todos, que se detienen un punto.)

**Don Ricardo.** ¿Cómo? ¿Qué? Pero, ¿se ha atrevido?...

**Aurea.** (Destacándose y dirigiéndose a María de la Luz.) ¡Que pase ese señor! (María de la Luz, sin embargo, no se mueve.)

**Don Ricardo.** ¿Eh?

**Aurea.** (Con firmeza y al mismo tiempo con dulzura.) ¡Que pase! (María de la Luz se marcha por la puerta de la derecha.) ¿Va usted a negarse a recibir a su hermano? No lo creo. Usted no hará eso, don Ricardo; no lo hará. Y, si ha pensado hacerlo, yo le pido a usted, por la memoria de su madre, que no lo haga.

**Don Ricardo.** (Vencido por la mirada de Áurea.) ¡Áurea!...

(Don Ricardo queda, con la vista al suelo, anonadado y confuso. Doña Rosario estrecha las manos de Áurea, en señal de gratitud. Los demás personajes reflejan en sus rostros la curiosidad que les domina. Por la puerta de la derecha entran EL DESCONOCIDO, vestido de luto, y MARÍA DE LA LUZ.)

**Aurea.** (Al ver al Desconocido y reprimiendo un grito de estupor.) (¡Él!... ¡Dios mío!)

(El Desconocido, al hallarse en presencia de su hermano, tiene un momento de vacilación, pero don Ricardo le abre sus brazos y el Desconocido se precipita en ellos, conmovido.)

**El Desconocido.** ¡Ricardo!

**Don Ricardo.** ¡Gabriel!

(Largo rato permanecen abrazados. Menos don Ricardo y el Desconocido, todos los demás personajes se marchan en silencio por la derecha de la galería, con excepción de María de la Luz, que se va por la izquierda.)

**El Desconocido.** No merezco tu perdón, sé que no lo merezco y, sin embargo, tú, siempre generoso, me lo otorgas con este abrazo, que no sé cómo pagarte, ni cómo agradecerte. ¡Qué bueno eres, hermano, y qué ingratos hemos sido contigo! ¡Perdónanos!

**Don Ricardo.** No hablemos de eso, Gabriel. Al estrecharte, hace un momento, contra mi pecho, he debido darte la sensación de que, no sólo lo he perdonado todo, sino de que lo he olvidado todo también. ¡No hablemos de eso! Y ven aquí. ¡Acércate, que yo te vea! (Lo atrae hacia él y luego lo aparta un poco, cariñosamente, para verle mejor.) ¿Quién te conoce, muchacho? ¡Qué cambiado estás!

**El Desconocido.** Tú también.

**Don Ricardo.** No eres el mismo.

**El Desconocido.** ¡Y ya puedes jurarlo, que si en lo externo he mudado bastante, mucho más he mudado de condición!

**Don Ricardo.** Eso me alegra.

**El Desconocido.** El loco, el calavera, el aventurero, deshonra de sí propio y de los suyos, es hoy un hombre cabal con plena conciencia de sus actos. Te lo digo para que no te arrepientas de haberme perdonado. ¡Ojalá pudiera decírselo también a nuestra madre!

**Don Ricardo.** ¿Supiste?...

**El Desconocido.** Sí. (Pausa durante la cual cada uno, puesto el pensamiento en la que les dió el ser, se enjugan una lágrima.) ¡Dios la tenga en su gloria! Como castigo, por mis muchos pecados, me quedará siempre este remordimiento.

**Don Ricardo.** Sírvate, al menos, de consuelo el saber que nada le faltó à mi lado y que murió en la paz del Señor.

**El Desconocido.** (Con emoción.) ¡Madre mía! (Llora.) Discúlpame.

**Don Ricardo.** (Secándose sus lágrimas.) No te importe llorar, que también lloro. (Silencio.)

**El Desconocido.** Yo pensaba ir a veros a Madrid y a echarme a vuestros pies implorando el perdón de mis culpas, cuando, a los pocos días de desembarcar, justamente ayer, supe por la de Albareda la tremenda noticia. Desde entonces, no he tenido otro anhelo que verte para que compartiéramos juntos nuestro dolor, pero tú, justamente, lo reconozco, te has resistido, cuanto te ha sido posible, a recibirme. ¡No es censura! Comprendo que tenías motivos sobrados para huirme. Yo fuí un insensato, que abandoné mi casa y mi hogar para correr una aventura indigna, pero en los veinte años todo tiene disculpa. Me cegó el amor de aquella mujer y no reparé en bajezas. Después, ella misma me dió el pago que merecía mi estupidez. Se fué con otro, me dejó. Fueron unos días negros, duros, terribles, de lucha callada y silenciosa, pero feroz y encarnizada, aquellos días primeros. Poco a poco el horizonte fué aclarándose. Conseguí entrar de camarero en un barco. Luego me instalé en la Argentina. En Buenos Aires me sopló la fortuna.

**Don Ricardo.** ¡Pobre Gabriel!

**El Desconocido.** Tú ya recuerdas mi afición a pintar; me dediqué a ella con todo ardor y llegué a adquirir, en poco tiempo, nombre y fama; dinero, también. Hasta que un día, sintiendo la nostalgia de la patria lejana y el deseo de recobrar vuestro cariño, embarqué para España. Llegué a Málaga a primeros de mes, con ánimo de salir al día siguiente hacia Madrid para buscaros, pero ese mismo día tropecé en mi camino con una mujer, que me retuvo.

**Don Ricardo.** ¿Una mujer? ¿Y dices, Gabriel, que has cambiado?

**El Desconocido.** Sí, Ricardo; pero una mujer, que no es como las otras, que no se parece a ninguna, por la que sólo vivo, desde que la conocí y que será la que ha de redimirme en todo mi pasado.

**Don Ricardo.** Y ¿es digna de ti?

**El Desconocido.** Di más bien si soy yo digno de ella.

**Don Ricardo.** ¿Tan alta está?

**El Desconocido.** ¡Tanto se merece!

**Don Ricardo.** Y por ella...

**El Desconocido.** Por ella me detuve aquí más días, y luego supe tu venida y nuestra desgracia.

**Don Ricardo.** ¿De modo, que vives en un hotel, como yo?

**El Desconocido.** Exactamente. ¿Quién lo pudo pensar? ¡Los dos, forasteros en nuestra tierra!

**Don Ricardo.** Quédate aquí conmigo y viviremos juntos.

**El Desconocido.** ¿Tú, lo quieres?

**Don Ricardo.** ¡Yo lo exijo!

**El Desconocido.** ¡Pues hecho! ¡Déjame que te vuelva a abrazar, hermano!

**Don Ricardo.** (Abrazando a su hermano.) ¡Abraza cuanto quieras! ¡Y aprieta fuerte, para que la efusión, al menos, me compense de todos los que he dejado de darte!

(Por la izquierda de la galería aparece MARÍA DE LA LUZ.)

**María de la Luz.** (Dirigiéndose a don Ricardo.) ¿Don Ricardo? Que le llaman a usté ar teléfono.

**Don Ricardo.** Voy en seguida. ¡Un momento, Gabriel! (Se va con María de la Luz por la izquierda dé la galería. El Desconocido queda un instante solo. Por la derecha de la galería salen DOÑA ROSARIO y ÁUREA.)

**El Desconocido.** (Corriendo a estrechar las manos de doña Rosario, apenas la ve salir.) ¡Doña Rosario!

**Doña Rosario.** ¡Gabriel!

**El Desconocido.** ¡Que Dios se lo pague por todo! ¡Qué alegría tengo! ¡Me ha perdonado, doña Rosario! ¡Me ha vuelto a su cariño y a su estimación! ¡Que Dios se lo pague! ¡Muchas gracias, doña Rosario, muchas gracias!

**Doña Rosario.** A mí nada has de agradecerme, hijo, porque nada he hecho. Todo ha sido obra de esta señorita.

**El Desconocido.** ¿De usted, Áurea?

**Doña Rosario.** (Sorprendida.) ¿Eh?

**Aurea.** Sí, Gabriel. Y ¡qué ajena estaba yo de que, al interceder por el hermano de don Ricardo, lo hacía por usted!

**El Desconocido.** Y ¿lo siente?

**Aurea.** No sé ahora mismo. Tan sobrecogida estoy de la impresión, que ni sé lo que pasa por mí.

**El Desconocido.** ¡Áurea!

**Doña Rosario.** Pero ¿se conocían ustedes?

**El Desconocido.** ¡Algo más, doña Rosario! ¡La quiero! Esta mujer es, hoy por hoy, mi vida entera; mi ilusión, mi gozo y mi martirio.

**Doña Rosario.** ¿Qué?...

(Por la puerta de la derecha entra DON RICARDO VALCÁRCEL y, al verlo, el Desconocido corre a su encuentro y le dice, señalando a Áurea.)

**El Desconocido.** Hermano... ¡Mírala!

**Don Ricardo.** ¿Eh?

**El Desconocido** ¡Ahí la tienes! ¡Es ella, ella! ¿De qué mujer te hablaba yo? ¡Mírala!

**Don Ricardo.** (Con emoción.) Pero, esa mujer, era...

**El Desconocido.** ¡Sí!

**Don Ricardo.** ¿Áurea?

**El Desconocido.** ¡Sí, hermano!

**Don Ricardo.** (Con desaliento.) ¡Áurea!

(Don Ricardo mira a Áurea como queriendo adivinar si es su hermano también el hombre de quien ella le habló. Áurea baja sus ojos al suelo. El Desconocido mira anhelante a don Ricardo.)

**Doña Rosario.** (Contemplando el cuadro con tristeza.) (¡Pobre Ricardo! ¡Qué cosas hace Dios!) (Cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

# ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo. Los ventanales de la galeria están abiertos, y, por ellos, se ve, a lo lejos, la tranquila superficie del mar. Es por la tarde. Se supone que del acto segundo al tercero han transcurrido veinte días.

—

(Al levantarse el telón aparece en escena PERDIGUERO, dando paseos por el hall, abstraído en la composición de un soneto.)

**Perdiguero.** (Declamando con el mayor énfasis posible.)

Adoro a una mujer con tal locura,
que, sin ella, la vida no la quiero;
ella cubre de flores mi sendero
y alumbra con su amor mi noche obscura.
Ella, en las tristes horas de amargura,
me brinda... (Deteniéndose a meditar.)

Me brinda... ¿Qué me brinda?

Me brinda un lenitivo pasajero...

¡Caray! Este pasajero, como ripio, es de primera clase. (Pensando.) Me brinda... (Decidiéndose por el ripio.)

Me brinda un lenitivo pasajero.

¿Qué más da? ¡Para cuatro duros que pagan!... (Declamando de nuevo.)

Ella lo es todo en mí; sin ella, muero;
sin ella, ni amor canto ni hermosura.

(Deteniéndose otra vez.) Me parece que este verso es de Núñez de Arce... Pero, bueno, ¿qué importa? No se va a levantar Núñez de la tumba para venir a reclamarlo. ¡Adelante con los faroles! (Declamando.)

Y hacia el reino ideal cabalgo errante,
jinete en descaecido Rocinante,
sufriendo de la vida el rudo azote;
fuerzas me da su amor que lo desea...
¡También se las prestaba Dulcinea
al ingenioso hidalgo Don Quijote!

(Satisfecho.) ¡Colosal Nada más que colosal. (Sentándose a la mesa, requiriendo pluma y papel y disponiéndose a escribir.) Ahora lo pongo en limpio, se lo mando al director y veinte leandras más en mi bolsillo. ¡Soy un hacha! Hay que ver que esto de las altas pasiones me está resultando una mina. Y luego protesta don Ricardo de que me disparo por la última que veo. Pues si yo no me disparara, buscando nuevas fuentes a mi inspiración, ¿de dónde iba a sacar este sobresueldo? ¡Pupila, señor! ¡Gajes del oficio! ¡Martingalas! (Escribiendo.)

Adoro a una mujer con tal locura...

(Comentando.) ¡Cuatro pavos de mi corazón! (Escribiendo.)

Que, sin ella, la vida no la quiero...

(Comentando.) ¡Menudos tirantes los que me voy a comprar! (Escribiendo.)

Ella cubre de flores mi sendero...

(Comentando, pero sin levantar la pluma del papel.) ¡Y por ella le pago al camisero!

(Por la izquierda de la galería sale EL DESCONOCIDO, con el sombrero puesto, en dirección hacia la puerta de la derecha.)

**El Desconocido.** ¡Hasta luego, pollo!

**Perdiguero.** (Suspendiendo la escritura y levantándose.) ¿Se marcha usted, don Gabriel?

**El Desconocido.** A la Normal, a recoger a Áurea. ¿Quería usted algo?

**Perdiguero.** Nada, don Gabriel. Usted deje mandado ¿Y don Ricardo?

**El Desconocido** En su cuarto, preparando los discursos para mañana.

**Perdiguero.** Verdad, que mañana es el homenaje. ¿Sigue de mal humor?

**El Desconocido.** Un poco Ha cambiado mucho de carácter. Conmigo apenas si cruza la palabra. Parece que me huye, que le mortifica mi presencia... La verdad, Perdiguero; no me explico esa actitud de mi hermano, ni sé a qué atribuir su conducta.

**Perdiguero.** A la soltería.

**El Desconocido.** ¿Cómo?

**Perdiguero.** A la soltería. ¡No le dé usted vueltas, don Gabriel! Su hermano de usted debía casarse. La soltería es la que le pone los nervios de punta, que hay días que no se aguanta él mismo.

**El Desconocido.** ¡Cualquiera casa ya a mi hermano, Perdiguero!

**Perdiguero.** ¡Anda, pues, no se piense usted que es tan difícil, que, cuando llegamos aquí, yo creí que caía!

**El Desconocido.** ¿Eh?

**Perdiguero.** ¡Le gustaba tanto la señorita Primavera!..

**El Desconocido.** ¿Quién?

**Perdiguero** Áurea.

**El Desconocido.** ¿Áurea?

**Perdiguero.** ¡Pero, claro, luego vino usted y se le pasó el arre hucho!

**El Desconocido.** ¿Que a mi hermano le gustaba Áurea? ¿Qué dice usted, Perdiguero?

**Perdiguero.** Al principio de estar aquí parecía muy interesado por ella. Y cuando nosotros, los artistas, bautizamos a una mujer con un nombre poético, es señal evidente de que nos gusta. Filis, Amarilis, Cloris,

la señorita Primavera... ¿Qué más da? ¡Llámele hache! Todo es uno y lo mismo. (El Desconocido no le oye, absorbido en sus pensamientos.) Justificaba don Ricardo el designarla así, con ese lírico remoquete, porque decía que había en ella una fragancia, un perfume de juventud, un aire de alegría, que no concebía que pudiera llamarse de otro modo. Y cuantas veces habló de Áurea, la nombró la señorita Primavera...

**El Desconocido**. (Con visible preocupación.) (¡Es particular! Y ¡quién sabe si en ello está toda la razón de su desvío!...)

**Perdiguero**. ¡Caprichos literarios! No vaya usted a pensar...

**El Desconocido**. (Como respondiendo a sus pensamientos.) (¡Pues, eso, no!)

**Perdiguero**. ¿Cómo?

**El Desconocido**. (¡Sería horrible!)

**Perdiguero**. ¿Decía usted...?

**El Desconocido**. Nada, Perdiguero. ¡Hasta ahora mismo!

**Perdiguero**. ¡Hasta ahora, don Gabriel!

**El Desconocido** (Antes de salir.) (Pero, ¿es posible, Dios?) (Vase por la puerta de la derecha.)

**Perdiguero**. Parece que no le ha hecho mucha gracia la noticia. A lo mejor me la he buscado por charlatán. Porque se ha ido mosca, pero muy mosca...

(Por la escalera baja PETRITA, con traje de casa.)

**Petrita**. (Con mimosería, desde lo alto del descansillo.) ¿Perdiguero?

**Perdiguero**. (Olvidándose de todo.) ¡Caramba, Petrita! ¡Gracias a Dios que la ven hoy mis ojos!

**Petrita**. (Ya en escena.) Me he pasado la tarde contestando cartas; no crea usted que durmiendo la siesta.

**Perdiguero**. Si le hace a usted falta un secretario... (Sacando el pecho como diciéndole que allí está él.)

**Petrita**. No puedo yo aspirar a tanto.

**Perdiguero**. (Con exaltación.) ¡Usted puede aspirar a todo! Una mujer con esa cara dice: ¡quiero la luna! y, si yo estoy cerca de ella y la oigo, se la traigo.

**Petrita**. ¿La luna? (Riéndose.) ¡Por Dios, Perdiguero! ¡Cuánta amabilidad! ¡A ver si le cojo la palabra y no sabe usted cómo salir del compromiso!...

**Perdiguero.** ¿Quién? ¿Yo? ¡Pruebe usted!

**Petrita.** ¡Perdiguero, que va usted a quedar mal!

**Perdiguero.** (Desafiándola.) ¡Pruebe usted!

**Petrita.** ¡Ea, pues, quiero la luna!

**Perdiguero.** ¡Ya está! (Y se va flechado a descolgar el espejo que está sobre el piano.)

**Petrita.** (Riéndose.) ¡Perdiguero! ¡Jesús! ¿Qué va usted a hacer? Estese quieto. ¡Qué chico tan loco!

**Perdiguero.** (Volviéndose a Petrita.) Y si me pide usted el sol...

**Petrita.** (Parodiando la exaltación de Perdiguero.) ¡Ya lo sé! (Tomando un número de «El Sol», que habrá sobre la mesa.) Me entrega usted el periódico. (Se ríe.)

**Perdiguero.** No, señora; le pongo esa luna por delante para que se mire usted la cara.

**Petrita.** (Complacida.) ¡Vaya finura! ¡Qué bonito piropo!

**Perdiguero.** (Dándose importancia.) ¡Pchs! ¡Costumbre de cultivar el madrigal! Eso para que se burle usted de los poetas.

**Petrita.** Yo no me burlo, Perdiguero.

**Perdiguero.** No se burla usted poco, Petrita. Hace veinte días que estoy detrás de usted, diciéndole en verso, en prosa y hasta por señas, que me gusta usted, que la quiero, que la idolatro, y usted, risa va y carcajada viene, sin dignarse parar mientes en mis palabras y, lo que es peor, sin dejarme ver, al través de sus continuas bromas, ni el más leve resquicio de esperanza.

**Petrita.** Y eso, ¿le molesta?

**Perdiguero.** No me molesta, porque nada que venga de usted puede molestarme a mí, que soy su esclavo; pero, la verdad, me gustaría puntualizar un poco, aclarar nuestra situación. Que yo la quiero a usted salta a la vista y, además, se lo tengo repetido una y cien veces; que usted me quiera a mí es lo que falta por averiguar.

**Petrita.** (Aparentando dolor.) ¡Perdiguero!

**Perdiguero.** ¡La verdad! ¡Sea usted franca, Petrita! ¿Qué trabajo le cuesta a usted decirme de una vez lo que piensa respecto a mí? ¿Quiere usted ser mi novia? ¿Quiere usted ser mi mujer? ¿Por qué no me contesta claramente? ¡Se lo exijo, Petrita, se lo ruego!

**Petrita.** (Fingiendo una gran tristeza.) ¡Porque no puedo contestarle, Perdiguero, porque no puedo!

**Perdiguero.** ¿Que no puede?

**Petrita.** No, señor, no puedo. Y respete usted mi silencio. (Melosamente.) Usted me gusta...

**Perdiguero.** (Con cara de satisfacción.) ¡Ah!

**Petrita.** Usted es un muchacho muy simpático...

**Perdiguero.** ¡Ah!

**Petrita.** Con quien me casaría, sin el menor inconveniente...

**Perdiguero.** ¡Ah! ¡Ah!

**Petrita.** ¡Pero no puedo decirle a usted nada por ahora, Perdiguero!

**Perdiguero.** ¿Por qué?

**Petrita.** No me lo pregunte.

**Perdiguero.** Pero, ¿por qué razón, Petrita?

**Petrita.** Pues por la sencilla razón... ¡de que tengo novio!

**Perdiguero.** (Dando un salto.) ¡Rechufla! ¿Que tiene usted novio?

**Petrita.** No se lo quería decir; pero usted se ha empeñado. En Valladolid, sí, señor; un alumno de la Academia. Nosotras somos de Valladolid, como usted sabe, y venimos a Málaga los inviernos porque los médicos se lo han recomendado a mamá; pero los veranos los pasamos en Valladolid, y allí está mi novio, con el que me casaré, Dios mediante, en cuanto termine su carrera.

**Perdiguero.** ¡Caray! Pues eso ha podido usted decírmelo desde el principio y no hacerme concebir ilusiones engañosas.

**Petrita.** (Con gachonería.) ¿Engañosas? ¿No le acabo de confesar a usted que me gusta, Perdiguero?

**Perdiguero.** (Enfadado.) Ya.

**Petrita.** ¿Que es usted mi tipo?

**Perdiguero.** Ya, ya.

**Petrita.** ¿Que también me casaría con usted muy satisfecha?

**Perdiguero.** ¿Entonces?

**Petrita.** Pero el de Valladolid está primero...

**Perdiguero.** ¡Ah!

**Petrita.** ¡Ha llegado antes!

**Perdiguero.** ¡Ah!

**Petrita** Si usted me quiere de verdad, tanto como dice, lo que puede usted hacer es esperar, por si alguna vez riño con el otro.

**Perdiguero.** ¿Eh?

**Petrita.** Quedarse en situación de reserva.

**Perdiguero.** ¿Cómo?

**Petrita.** Como excedente de cupo.

**Perdiguero.** (Con enojo.) ¡Vamos!...

**Petrita.** ¿Qué menos, Perdiguero, qué menos?

**Perdiguero.** ¡Caray!

**Petrita.** Un poco de sacrificio por una mujer, no es mucho pedir.

**Perdiguero.** ¡Casi nada!

**Petrita.** Si lo del otro falla... ¡Usted verá! Y si no falla, total, es ampliar por más tiempo el sacrificio; pero si usted me quiere, ¿qué le importa? ¿Quién le dice a usted que no pueda quedarme viuda?

**Perdiguero.** ¡Petrita!

**Petrita.** (Queriendo ganarle la voluntad, se acerca mucho a él y le habla comiéndoselo con los ojos.) Sería para mí tan desagradable perderle a usted, que me ha sido tan simpático...

**Perdiguero.** (Perdiendo terreno.) ¡Pero, Petrita!...

**Petrita.** Y el mundo da muchas vueltas.

**Perdiguero.** Aquí el único que da vueltas y que está hecho un ovillo materialmente, soy yo, Petrita.

**Petrita.** ¿No le conviene el pacto?

**Perdiguero.** ¿Esperar a que se quede usted viuda?

**Petrita.** Esperar a que el tiempo decida.

**Perdiguero.** Pero, ¿y si el otro no se muere nunca?

**Petrita.** ¡Ahí está el sacrificio!

**Perdiguero.** ¡Mi abuela!

**Petrita.** A un hombre vulgar, no se le podría exigir; pero a un poeta... ¿Hay algo más tentador para un poeta que poder decir cuando le plazca: ella está allí y yo la espero? No la veo, pero sé que piensa en mí y la aguardo...

**Perdiguero.** ¡Eso es! Y mientras tanto, el cadete... ¡Vamos, que no, Petrita! Usted se sigue burlando de mí. Esto es darme unas calabazas encubiertas.

**Petrita.** De ninguna manera, Perdiguero. Esto será, en todo caso, dejarle a usted aprobado... sin plaza.

**Perdiguero.** ¡Caray!

**Petrita.** Y en expectación de destino. Si no le conviene a usted, haga oposiciones a otro cuerpo. (Y le vuelve la espalda.)

**Perdiguero.** (Anonadado.) (¡Bueno! No me había pasado nunca. Luego dice don Ricardo que yo me forjo las

tragedias... ¡Pues es una situación, que se la brindo a Pirandello!...)

**Petrita.** (Acercándose nuevamente a él.) ¿Qué me contesta usted, Perdiguero?

**Perdiguero.** ¡Caramba, Petrita! Lo pensaré. Es una proposición tan extraña la suya... ¡Lo pensaré, lo pensaré!

**Petrita.** ¡Pues piénselo, Perdiguero; piénselo, y luego vaya a comunicarme su resolución! En el jardín estoy. (Se va por la puerta de la derecha, no sin mirar dos o tres veces a Perdiguero, que está hecho un taco, y no sin dejar ver entre sus labios una sonrisilla burlona, que al traspasar el umbral de la puerta estalla en franca carcajada.)

**Perdiguero** ¿Se ríe? ¡Que se ría! Me da igual. ¡Hay que ver la niña! Es la reina de Saba. ¡Pérfida como la onda! ¡Bien me ha tomado el pelo la onda!... (Queda un segundo abismado en sus pensamientos, un poco lúgubres; pero, en seguida, se repone.) Ahora que yo me voy a escribir un soneto con lo que me acaba de pasar, que...

(Corta el monólogo de Perdiguero la presencia de DON RICARDO VALCÁRCEL, que sale por la izquierda de la galería, con dos o tres cartas en la mano.)

**Don Ricardo.** Perdiguero, hijo mío; pero, ¿dónde te metes?

**Perdiguero.** Pues me meto, don Ricardo, en cada barullo, que no sé por dónde salir. ¡Menudo problema me ha caído que resolver! Figúrese usted...

**Don Ricardo.** (Atajándole.) ¡Déjame de historias! Ten la bondad de ir a echar estas cartas al correo. (Se las da.)

**Perdiguero.** Sí, señor; con mucho gusto. Ya mismo. (Por el camino me compongo el soneto.) (Se va a marchar por la puerta de la derecha.)

**Don Ricardo.** Pero, ¿te vas sin sombrero, criatura?

**Perdiguero.** ¿Y para qué lo quiero, don Ricardo, si no tengo cabeza? (Vase por la puerta de la derecha.)

**Don Ricardo.** Puede que no hayas dicho en tu vida una verdad más grande. (Mirando hacia la puerta de la derecha.) ¡Demonio! ¡Doña Valentina! (Tratando de escapar por la izquierda de la galería.) ¡Pues a mí no me coge!

(Por la puerta de la derecha entra DOÑA VALENTINA, con traje de casa.)

**Doña Valentina.** ¿Don Ricardo?

**Don Ricardo.** (¡Me cogió!).

**Doña Valentina.** ¿Dónde tan de prisa?

**Don Ricardo.** A trabajar, señora. ¡Ando atareadísimo!

**Doña Valentina.** Pero, ¿ni siquiera de unos minutos dispone usted para dedicarlos a una buena amiga?

**Don Ricardo.** ¿Cómo no? De unos minutos y de unas horas, si es necesario. ¡No faltaba más! (¡Cortesía obliga!) (Se sientan los dos.)

**Doña Valentina.** ¿Y su hermano Gabriel?

**Don Ricardo.** Salió hace poco.

**Doña Valentina.** Habrá ido por Áurea...

**Don Ricardo.** Seguramente. Es la hora en que sale de clase.

**Doña Valentina** ¡Qué suerte de criatura!

**Don Ricardo.** ¿La de mi hermano?

**Doña Valentina.** La de Áurea. Haber pescado a un hombre como Gabriel, tan listo, tan guapo, ahora que no me oye, tan simpático y con tantos posibles... ¡No todas tienen esa fortuna!

**Don Ricardo.** Ni tampoco todas reúnen las condiciones de ella. Seamos justos, doña Valentina.

**Doña Valentina.** No me diga usted, don Ricardo; que hay cada mujer por ahí, que es un estuche. Sólo que ustedes, los hombres, no se dejan llevar más que de la apariencia.

**Don Ricardo.** ¿Es que el talento, el orden, el estímulo y laboriosidad de Áurea son apariencia?

**Doña Valentina.** No sé, no sé.

**Don Ricardo.** Desengáñese usted, doña Valentina; que alguna rencilla de mujer tiene usted que vengar en ella, cuando se obstina en no reconocer sus méritos sobresalientes

**Doña Valentina.** ¡Pues, sí, señor; que tengo que vengar! No le perdono que no haya sabido distinguir el oro del doublé. Sin que esto sea menospreciar a su hermano, que ya me ha oído usted elogiarlo como es debido; pero, ¿dónde va a parar?

**Don Ricardo.** Dónde va a parar, ¿qué?

**Doña Valentina.** ¡Hay mucha distancia!

**Don Ricardo.** ¿Cómo?

**Doña Valentina.** ¡Ya usted me entiende!

**Don Ricardo.** ¡Ni palabra, señora!

**Doña Valentina.** Pues a mí no me gusta regalar oídos.

**Don Ricardo.** Ni a mí descifrar jeroglíficos. (Pequeña pausa.)

**Doña Valentina** ¿Y se casarán pronto?

**Don Ricardo.** ¿Áurea y Gabriel? Muy pronto. Para antes de Carnaval quieren tener echadas las bendiciones...

**Doña Valentina** ¡Jesús, qué rapidez! Un poco precipitada se me antoja esa boda. ¿No, don Ricardo? Apenas si se han tratado... Total, llevan veinte días de relaciones.

**Don Ricardo.** Hacen bien. Yo aplaudo su decisión. Los dos son libres, sin familia... ¡Tontos serían si, por un estúpido convencionalismo social, retrasaran la felicidad que les espera! ¡Hacen bien, doña Valentina! (Con un dejo de melancolía.) ¡Dichosos ellos!

**Doña Valentina.** Parece que lo dice usted con tristeza.

**Don Ricardo.** ¿Con tristeza? No. ¿Por qué?

**Doña Valentina** Me había parecido.

**Don Ricardo.** ¿Se quieren? ¡Pues que sean felices!

**Doña Valentina.** Es usted un bienaventurado, don Ricardo. ¡Qué razón tiene doña Rosario en llamarle a usted santo a toda hora!

**Don Ricardo.** ¡Pobre Rosario! Me quiere mucho y su afecto le hace ver en mí cualidades que no poseo. Soy, simplemente, un hombre equilibrado, que si en algo se diferencia de los demás mortales, es en no haber sabido ser nunca egoísta.

**Doña Valentina.** Y ¿le parece poco?

**Don Ricardo.** Para hombre, no está mal; para santo, muy poco, desde luego, doña Valentina.

(Por la escalera baja DOÑA ROSARIO.)

**Doña Rosario.** De charla, ¿eh?

**Don Ricardo.** Hablando por hablar.

**Doña Valentina.** Aquí, admirando a este hombre, doña Rosario, que no hay otro en el mundo. ¡Qué hombre!

**Don Ricardo.** ¡Doña Valentina!

**Doña Rosario.** (¡Qué descaro, Señor! ¡Ni con música de Lehar se encuentra otra viuda más alegre!)

**Don Ricardo.** (A doña Valentina, levantándose.) Y ya que la dejo a usted tan bien acompañada...

**Doña Rosario.** ¿Te marchas?

**Don Ricardo.** Sí, hija. A seguir preparando los discursos para mañana. Calentura tengo sólo de pensar en el dichoso homenaje. ¡A lo que me ha llevado mi debilidad!

**Doña Rosario.** ¡A lo que te ha llevado tu talento!

**Don Ricardo.** ¡Calla, mujer, calla! (A doña Valentina.) Con su permiso, señora.

**Doña Valentina.** Usted lo tiene.

(Vase don Ricardo por la izquierda de la galería.)

**Doña Rosario.** Y es cierto que puede que le cueste una enfermedad.

**Doña Valentina.** Como todos los hombres de verdadero genio, es de una timidez y de una modestia exageradas. (Suspirando.) ¡Pero he perdido la partida, doña Rosario! Trabajo me cuesta confesarlo. No se fija en mí; le soy indiferente. Y lo siento. ¡Cómo ha de ser! Paciencia. (Se levanta.) Voy un rato al jardín.

**Doña Rosario.** Y yo hacia dentro. (Doña Valentina se marcha por la puerta de la derecha. Doña Rosario dirige su vista hacia el sitio por donde se ha marchado doña Valentina.) ¡Bendito sea Dios! ¡Cuántas calaveras tiene que haber el día del juicio! (Se marcha por la derecha de la galería. Pausa. A un tiempo aparecen, por la puerta de la derecha, PERDIGUERO, y por la izquierda de la galería, MARÍA DE LA LUZ. Perdiguero avanza, desde la puerta de la derecha, hacia la izquierda de la galería, abstraído en sus pensamientos y recitando en voz alta el soneto que acaba de componer, y María de la Luz, en sentido contrario, mirando a Perdiguero con cara de asombro.)

**Perdiguero.** (Andando lentamente, con la mirada fija en el espacio y la mano izquierda cerrada, puesta en la barbilla.)

Ya su mirar de fuego no intimida
a mi espíritu, altivo y valeroso,
ni me arredra su porte jactancioso,
ni su boca a besarla me convida.
No me asusta su risa fementida,
ni su presencia turba mi reposo,
ni ya para mi ser es doloroso
no llamarla la vida de mi vida.

**María de la Luz.** (Refiriéndose a Perdiguero.) (¡Pobresiyo!

¡Tan joven y majareta! ¡Qué doló de criatura! ¡Qué lástima de hombre!) (Vase por la puerta de la derecha.)

**Perdiguero.** (Continuando su interrumpido soneto.)

Su traición me curó de la ceguera
que por su amor ingrato padeciera
y me otorgó la libertad soñada.
¡Mas juro a Dios que hubiese preferido,
ajeno a la traición haber vivido
y morir siendo esclavo de mi amada!

(Con júbilo.) ¡Pero que ya está! ¡Otros cuatro duros! ¡Qué día llevo!

¡Y morir siendo esclavo de mi amada!

(Desaparece por la izquierda de la galería, después del latiguillo. Por la puerta de la derecha vuelve MARIA DE LA LUZ, acompañada de PIÑITA y de la familia de Piñita; su mujer, CLARA; CLARITA, su hija, y JUAN ANTONIO, su yerno. Todos llegan arregladitos y compuestos como para una visita de cumplido. Clara y Clarita visten al estilo popular andaluz, y Piñita y Juan Antonio, trajes de americana. Piñita lleva abrigo y sombrero flexible y Juan Antonio capa y sombrero ancho. Todos, menos Piñita, se presentan dando pruebas de un visible azoramiento.)

**María de la Luz.** Pasen ustés y espérense aquí, que voy avisá a don Ricardo.

**Piñita.** Dígale usté que le busca su amigo Piñita.

**María de la Luz.** Está mu bien. (Se marcha por la izquierda de la galería.)

**Piñita.** (A los suyos.) Sentarse, sentarse... (Clara y Clarita se sientan con encogimiento y Juan Antonio se deja caer en una butaca.) ¡Con cuidado, Juan Antonio, no vayas a estropear el mueble!

**Juan Antonio.** ¡Zi zabré yo zentarme!..

**Piñita.** Perdona, hijo. Llevas razón. Realmente no sabes otra cosa. Y tú, Clara, y tú, Clarita, mucha compostura, ¿eh?, que no vayáis a ponerme en ridículo. Y tú, Juan Antonio, procura hablar lo menos posible.

**Juan Antonio.** ¡Zeñó, no se preocupe usté, que ya zu amigo ze hará cargo de que no zemos la embajá der Japón!

**Piñita.** ¡Somos, Juan Antonio!

**Juan Antonio.** ¿Y qué he dicho yo?

**Piñita.** ¡Semos!

**Juan Antonio.** ¿Y zemos o no zemos?

**Clarita.** Mira, Juan Antonio, más vale que te cayes. Hazle caso a papá.

**Juan Antonio.** Pos pa no meté baza, bien me habéis podío dejá acostao.

**Piñita.** ¡Juan Antonio!

**Clara.** (A Juan Antonio.) Tú haz lo que yo; fíjate en mí, que no pienso despegá mis labios.

**Piñita.** ¡Eso no, mujer! Lo que yo os recomiendo es que habléis poco, con el fin de que erréis poco también.

**Clara.** ¡Dichosa visita, que nos va a sacá er só de la cabesa!... Y luego, ¿pa qué? ¿Quién es tu amigo? ¿Es ministro? ¿Es generá? ¿Es prínsipe? ¿Qué es?

**Piñita.** ¿No te lo he dicho ya, mujer? (Con orgullo.) ¡Es literato!

**Clara.** (Con desprecio.) ¡Literato! ¡Valiente cosa! ¡Güen puñao son tres nueses! ¿Y qué te va a da? ¿Te va a da argo? ¿Te va a ascendé? ¿Te va a subí er suerdo?

**Piñita.** ¡Clara!

**Clara.** ¡Tanta historia con tu amigo, que yevas veinte días sin sabé hablá de otra cosa! ¡Señó!... ¡Ay, qué hombre éste, que siempre ha de viví en la luna!

**Piñita.** ¡Ojalá!

**Juan Antonio.** En ezo tiene razón aquí la maestra, zeñó Jozé; que usté toa su vía no ha zío más que un reumático.

**Piñita.** ¿Qué?

**Clarita.** ¡Romántico, Juan Antonio!

**Juan Antonio.** ¿Y qué he dicho yo?

**Clarita.** Reumático.

**Juan Antonio.** ¿Y lo ha zío o no lo ha zío?

**Piñita.** Lo he sido. ¡Y a mucha honra! Y no eras tú, ciertamente, el que debiera criticarlo; porque si yo no fuera un romántico, ¿de qué ibas a comer, gandul?

**Clarita.** ¡No empiese usté a tomarla con Juan Antonio, padre, que er pobre hase lo que puede!

**Piñita.** Y ¿qué hace?

**Clarita.** ¡Lo que puede!

**Clara.** (A Piñita.) Ya lo estás oyendo; no te metas en más. Cuando eya lo dise, sus motivos tendrá pa saberlo.

**Piñita.** ¡Vamos, hombre!... ¡Silencio, que alguien llega!

(Por la izquierda de la galería sale PERDIGUERO.)

**Perdiguero.** Buenas tardes. (Todos se ponen de pie.)

**Piñita.** Buenas tardes.

**Perdiguero.** ¿El señor Piña, si me hacen el favor?

**Piñita.** Servidor de usté.

**Perdiguero,** De parte de don Ricardo, que tenga usted la bondad de disculparle un momento, que en seguida sale.

**Piñita.** Si hemos llegado en mala hora y no puede recibirnos, dígale usté que volveremos otro día.

**Perdiguero.** Nada de eso. ¡Por Dios! En seguida viene. Siéntense ustedes, hagan la merced de sentarse. Con permiso de todos...

(Saludos, reverencias y Perdiguero que se marcha por la puerta de la derecha.)

**Piñita.** Servidor de usté.

**Juan Antonio.** ¡Qué botones más fino!

**Piñita.** ¿Cómo botones? ¡Su secretario, Juan Antonio!

**Juan Antonio.** (Riéndose.) ¡Vamos, que eza no cuela, zeñó Jozé! ¿Eze chisgaravís zuzecretario? ¿De ezos de los ministerios?

**Piñita.** Los de los ministerios son subsecretarios, hijo mío.

**Juan Antonio.** Y ¿qué he dicho yo? ¡Zuzecretarios!

**Piñita.** Sub, subsecretarios. ¡A ver si te enteras! Subsecretarios. Con be, con be.

**Juan Antonio.** ¿Con be?

**Piñita.** ¡Con be de burro!

**Juan Antonio.** Le arvierto a usté que no hay que fartá por ezo. (A Clarita.) ¡Te habrás fijao que está tu padre de una conformidá que cuarquiea lo piza!

**Clarita.** Pos tú, déjalo, Juan Antonio.

**Piñita.** (Mirando hacia la izquierda de la galería.) Aquí llega Ricardo, aquí viene. ¡Ya veréis qué hombre! ¡Ya lo veréis! (Recibiendo con los brazos abiertos a DON RICARDO VALCÁRCEL, que llega por la izquierda de la galería.) ¡Ricardo!

**Don Ricardo.** ¡Piñita! (Se abrazan los dos.)

**Juan Antonio.** (A Clarita, al ver a don Ricardo.) ¡Mi madre! Y ¿pa este gachó tanto jaleo? ¡Si no tiene ná qué ve! Totá, un hombre como yo. Es desí, como yo... ¡Qué más quisiera!

**Don Ricardo.** (A Piñita.) ¿Tu familia?

**Piñita.** (Presentando a cada uno.) Mi mujer, mi hija y mi yerno.

**Don Ricardo.** (A Clara.) ¡Muchísimo gusto!

**Clara.** Pa serví a usté, cabayero.

**Don Ricardo.** (Por Clarita.) ¡Preciosa muchacha! (Por Juan Antonio.) ¿Su marido?

**Juan Antonio.** Zu espozo por lo inciví y lo eclesiástico, pa lo que usté quiera mandar.

**Piñita.** ¡Civil, Juan Antonio, civil!

**Juan Antonio.** (Enfadado.) A mí no me yame usté civí—¿eh?—¡Mucho ojo!

**Piñita.** ¡Juan Antonio!

**Juan Antonio.** ¡Na más, que por eso no transijo! ¡Na de decirme a mí civí, que soy gitano!

**Piñita.** (Con las de Caín.) ¡Pero, qué gitano eres!... (A don Ricardo.) ¿Has visto?

**Don Ricardo.** (Cortando la discusión,) ¡Vaya, vaya! Sentémonos (Ofreciéndole un lugar preferente a Clara, que se va a sentar en segundo término.) Venga usted aquí, señora.

**Clara.** Estoy bien. Muchas gracias. (Se sientan todos.)

**Don Ricardo.** (A Piñita.) Y ¿qué ha sido de ti, hombre de Dios?

**Piñita.** Pues, hijo, ya tú sabes lo que ocurre; queriendo venir todos los días y, unas vec s por fas, otras por nefas, hemos ido dejando transcurrir el tiempo, sin satisfacer el deseo, hasta hoy en que les dije a éstos, de esta tarde no pasa que vayamos a visitar a Ricardo; mañana es la fecha del homenaje y quiero ir antes por allí para felicitarlo y, de paso, a que lo conozcáis vosotros ¡Y aquí nos tienes!

**Don Ricardo.** ¡Bien, hombre, bien! Y yo te agradezco mucho este recuerdo. (Mirando a Clarita embelesado.) ¡Qué hija te ha dado Dios, Piñita! ¡Qué encanto! Estarás orgulloso.

**Piñita.** Los ojos con que tú la miras. Pasaderita y nada más.

**Don Ricardo.** (Por Juan Antonio.) ¡Buen gusto el del amigo!

**Juan Antonio.** ¡Pchs! ¡Que hay pupila!

**Don Ricardo.** ¡Sí que la hay!

**Juan Antonio.** Eya tampoco crea usté que se ha yevao ningún costá de paja.

**Don Ricardo.** Ya me lo imagino.

**Piñita.** Por la falta de acción para moverte, costal y medio, Juan Antonio.

**Don Ricardo.** ¿Qué me dijiste que era tu yerno, Piñita?

**Juan Antonio.** ¿Quién? ¿Yo? ¡Radio-escucha!

**Don Ricardo.** (Volviendo a mirar a Clarita.) Se parece mucho a Gloria, la nena.

**Clara.** ¿A mi hermana?

**Clarita.** Eso dise la gente, que me doy un aire a mi tía.

**Don Ricardo.** Y no te engañan.

**Clara.** ¿Conosió usté a mi hermana, don Ricardo?

**Don Ricardo** De vista; sí, señora.

**Clara.** Sabrá usté que murió.

**Don Ricardo.** Por Piñita lo he sabido.

**Clara.** Fué un doló. ¡Con treinta años!...

**Don Ricardo.** ¡Pobre Gloria!

**Piñita.** ¡Lamentables equivocaciones, que las padece hasta el Altísimo!

**Don Ricardo.** ¡Calla, Piñita!

**Clara.** Déjelo usté. ¡Si esa es su grasia!

**Piñita.** (A don Ricardo.) Y, bueno, ¿qué? Estarás tan contento.

**Don Ricardo.** ¿Por qué?

**Piñita.** Y ¿lo preguntas? Por lo de mañana.

**Don Ricardo.** No me lo recuerdes.

**Piñita.** ¡Qué suerte, Ricardo! ¡Lograr cuanto soñabas y aún más de lo que soñar pudiste!... ¿Cabe mayor fortuna? Como quiera que tus cosas las hago mías, juzga de mi satisfacción al saber que, por fin, tus paisanos van a rendirte el tributo que mereces.

**Don Ricardo.** Hablemos de otro asunto, Piñita.

**Clara.** No; le advierto a usté, don Ricardo, que es verdá; que le quiere a usté, no diré más que a mí...

**Piñita** Dilo, dilo.

**Don Ricardo.** ¡Piñita!

**Clara.** ¡Le ha dao por lo grasioso!

**Don Ricardo.** Siga usted, señora.

**Clara.** Ná más que eso; que le quiere a usté y que el día se lo pasa poniéndole a usté por las nubes.

**Don Ricardo.** No hace más que pagar, después de todo.

**Piñita.** ¡Cómo te envidio, Ricardo!

**Don Ricardo.** (Con pena.) ¡Envidiarme!

**Piñita.** ¡Santa envidia la mía, llena de admiración! Como las tuyas, fueron mis ilusiones. Llegar, vencer, triunfar, conquistar un nombre.. Juntos emprendimos la ruta. Tu vuelo era de águila, y llegaste. Yo sólo tuve un vuelecillo corto de gorrión, y me quedé en la estacada; pero, ahora, al considerar tu altura y mi pequeñez, no puedo por menos que envidiarte, Ricardo.

**Don Ricardo.** Y ¿qué me envidias?

**Piñita.** Tu gloria.

**Don Ricardo.** ¿Para qué me sirve? Como dijo el poeta?:

«... de toda gloria alcanzada,
¿qué le queda al hombre? Nada;
sólo la tumba en que yace
y esa la tiene ganada
sin luchar desde que nace.»

Yo, en cambio, te envidio a ti algo más positivo y duradero, y que ya no me es dado conseguir, por desventura mía.

**Piñita.** ¿Qué?

**Don Ricardo.** (Señalando a Clara, Clarita y Juan Antonio.) ¡Esto, Piñita!

**Piñita.** ¿La familia? ¡Te la regalo!

**Don Ricardo.** ¡Tu hogar! Esta hija, que es carne de tu carne y sangre tuya, que velará tu sueño y cerrará tus ojos, por la que ya no morirás... ¡que has de seguir viviendo en ella! Ante esto, no hay gloria, ni nada comparable. ¡Un hijo, Piñita. ¡Qué mayor gloria! ¿Y tú lo tienes y me envidias? ¡Compadéceme, más bien; compadéceme! (Pausa larga.)

**Juan Antonio.** ¿Fuma usté, don Ricardo?

**Don Ricardo.** No, señor. (Juan Antonio hace un gesto de contrariedad, que don Ricardo advierte, interpretándolo en un sentido distinto.) Pero puede usted fumar, si quiere. A mí no me molesta. Fume usted.

**Juan Antonio.** ¿Pa qué? Zi usté no fuma...

**Piñita** (Sacando su petaca y dándosela a Juan Antonio.) Toma, hijo, toma. ¡Este yerno mío!... (A don Ricardo.) Te lo preguntaba para que le dieses un cigarro. (Juan Antonio saca un pitillo, lo enciende y luego le devuelve la petaca a Piñita.)

**Don Ricardo.** ¡Ah!

**Juan Antonio.** Es que a mí ze me ha acabao.

**Piñita.** ¡Y a mí se me va a acabar, pero es la paciencia, Juan Antonio! (A don Ricardo.) ¡Y tú envidiándome el hogar! ¡Te lo vendo a plazos! ¡Qué verdad es que nadie está conforme con su suerte! (Levantándose.) ¡En fin, nos vamos! (Clara, Clarita y Juan Antonio se ponen de pie.)

**Don Ricardo.** ¿Tan pronto?

**Piñita.** Sí, hijo; que no queremos darte más la lata. Cumplido este deber, que era al mismo tiempo un deseo y una satisfacción, nos retiramos.

**Don Ricardo.** (Levantándose.) Como quieras, Piñita. Y, para que tu familia se lleve de esta visita un buen recuerdo, voy a permitirme, contando con tu aquiescencia y con la del señor, hacerle un modestísimo presente a la nena.

**Piñita.** ¡Quita! ¡Por Dios!

**Clara.** ¡De ninguna manera!

**Clarita.** No, señó ..

**Juan Antonio.** Zi de argo vale mi permizo, lo tiene usté, que yo a nadie le tuerzo zu voluntá.

**Don Ricardo.** Por lo mismo. (Saca de su cartera un billete de quinientas pesetas.) ¡Vaya, nena! Ahí va. Para que te compres un vestido.

**Clarita.** (Resistiéndose a tomar el billete.) No, señó; no, señó. ¡Es demasiao!

**Clara.** ¿Qué es? ¿Qué es? ¿Veinte duros?

**Piñita.** ¡Quinientas pesetas!

**Juan Antonio.** (¡A vé zi es farzo, de ezos que hay ahora, que no pazan!...)

**Clara.** ¡Jesú! ¡No señó! Eso es mucho dinero. Con veinte duros, sobra.

**Juan Antonio.** ¡O que lo dé ya cambiao!...

**Piñita.** ¡Pero, Clara! ¡Pero, Juan Antonio!...

**Clarita.** ¿Qué hago? ¿Lo tomo?

**Juan Antonio.** ¡Tómalo, mujé! ¡Vas a despresiárselo después del agrao con que te lo ofrese? ¿Cuándo, no siendo en Pascua y por las cayes, hemos visto nosotros cien pavos reuníos!

**Clarita.** (Aceptando el obsequio.) ¡Que Dios se lo pague a usté, señó!

**Piñita.** ¡Pero, Ricardo, hijo!... ¡Por María Santísima! Te excedes.

**Don Ricardo.** No merece la pena; no se hable más de ello.

**Clarita.** (¡Ya tengo abrigo!)

**Juan Antonio.** (¡Qué terno me voy a mandá hacé!...)

**Clarita.** ¡Er Señó se lo aumente, cabayero!

**Clara.** ¡Er Señó se lo dé por otro lao!

**Piñita.** ¡Ricardo, me confundes!

**Don Ricardo.** ¿Quieres callar?

**Piñita.** ¡Siempre el mismo! ¡Siempre generoso! Me conmuevo, me conmuevo...

**Don Ricardo.** ¡Anda, anda!

**Clarita.** ¡Que la fortuna le acompañe, señó!

**Juan Antonio.** ¡Que vea usté lograo tó lo que dezee!

**Clara.** ¡Que nadie tenga pa usté más que güenas arsiones como ésta que usté ha tenío pa nosotros!

**Piñita.** ¡Adiós, Ricardo! (Le abraza.)

**Don Ricardo.** ¡Adiós, Piñita! ¡Adiós, señora! ¡Adiós, nena! ¡Adiós, amigo! ¡Adiós, adiós!

**Piñita.** (A los suyos.) ¡Y éste es Varcársel! ¿Qué me decís ahora? ¡Qué hombre!

**Clara.** (¡Qué cabayero!)

**Clarita.** (¡Qué güena persona!)

**Juan Antonio.** (¡Qué tío! ¡Quinientas pezetas!) (Salen todos por la puerta de la derecha, menos don Ricardo.)

**Don Ricardo.** ¡Adiós! ¡Adiós! (Encaminándose hacia la izquierda de la galería.) ¡Tan contentos como van y tan triste como me han dejado! ¡No sabes tú la felicidad que tienes, Piñita! ¡No lo sabes! (Suspira y se marcha por la izquierda de la galería. Pausa larga. Por la puerta de la derecha entran en escena ÁUREA y EL DESCONOCIDO; éste último visiblemente preocupado.)

**Aurea.** ¿Qué te pasa, Gabriel? ¿Qué te sucede? (El Desconocido se sienta junto a la mesa y apoya la cabeza en la palma de la mano, mientras Áurea se quita el sombrero, que deja en cualquier parte.) Algo te ocurre. Has venido todo el camino preocupado, sin hablar conmigo, y eso, en ti, es tan raro. . ¿Estás malo? ¿Qué tienes? Dí. (Sentándose junto a él y habláudole mimosamente ) ¿Has reñido con tu hermano, quizás?

**El Desconocido.** No.

**Aurea.** ¿Entonces?...

**El Desconocido.** (Cogiéndole las manos y mirándola a los ojos amorosamente.) ¿Me quieres mucho, Áurea?

**Aurea.** ¿No lo sabes?

**El Desconocido.** Responder a una pregunta con otra, casi no es responder; no es decir nada. ¡Contéstame, Áurea! ¿Me quieres?

**Aurea.** ¡Con toda el alma, Gabriel! Y para que te convenzas del todo de la fortaleza de este cariño mío, te diré que, al enterarme de tu vida pasada, llena de sombras, yo hubiera querido despreciarte, y, sin embargo, con esa ceguera del que quiere de verdad, cada nueva cosa que sabía de ti y que hubiera podido ser una razón para odiarte, era un motivo más que me llevaba a quererte; que el amor, Gabriel, cuando nos llega al alma, no atiende a razones, ni se paga de consejos.

**El Desconocido.** ¡Gracias, Áurea! ¡Así esperaba oírte, así deseaba que me hablases!

**Aurea.** ¿Dudabas de mí?

**El Desconocido.** No dudaba, no; pero era preciso que lo oyera nuevamente de tus labios; que encontrara en la firmeza de tu amor los bríos que me faltan para decirte que habremos de separarnos.

**Aurea.** ¿Separarnos?

**El Desconocido.** (Poniéndose de pie.) ¡Ello es necesario, forzoso, irremediable!

**Aurea.** ¿Qué dices, Gabriel?

**El Desconocido.** ¡Que me marcho, Áurea! Me voy, me alejo de ti. No quieras indagar la causa ni el motivo. Bástate saber que tu amor irá conmigo mientras viva.

**Aurea.** ¡Me asustas, Gabriel!

**El Desconocido.** Hoy, mejor que mañana, saldré de aquí, sin que nadie me vea, sin sospechar adonde me llevarán mis pasos, pero saldré.

**Aurea.** ¡Y yo contigo!

**El Desconocido.** ¡No!

**Aurea.** ¿Eh?

**El Desconocido.** ¡Tú, no! Yo solo, solo. Seguiré mi camino de aventura. Pensé hallar en este rincón el sosiego que anhelaba mi alma, pero la vida me impulsa a caminar de nuevo. Partiré.

**Aurea.** ¡Me engañas, Gabriel! Eso no es posible. ¿Qué razón hay?... ¡Dime que mientes, que quieres atormentarme por el gusto de verme llorar!...

**El Desconocido.** No, Áurea, no.

**Aurea.** (Llorando.) ¡Gabriel!...

**El Desconocido.** ¡Dios lo ha querido!

(Por la izquierda de la galería sale DON RICARDO VALCÁRCEL.)

**Don Ricardo.** ¿Qué es ésto? ¡Llora usted, Áurea? ¿Qué ha pasado, Gabriel?

**El Desconocido** ¡Ricardo!...

**Aurea.** Dice que se va, que me abandona.

**Don Ricardo.** ¿Qué?

**El Desconocido.** ¡Áurea... déjame a solas con mi hermano!

**Aurea.** (Suplicante.) ¡Gabriel!...

**El Desconocido.** ¡Déjame a solas!

(Áurea se va por la derecha de la galería.)

**Don Ricardo.** ¿Es cierto lo que dice Áurea?

**El Desconocido.** ¡Es cierto! Me voy, me vuelvo a tierras lejanas, de donde ¡ojalá no hubiera salido nunca!

**Don Ricardo.** Pero, ¿me quieres explicar qué ventolera es ésta, Gabriel?

**El Desconocido.** Ninguna, hermano. Un propósito firme de no causar peor mal del que he causado; un ansia de remediar pasadas culpas y un deseo de corresponder a la nobleza de tu cariño con la misma nobleza, a ser posible.

**Don Ricardo.** No te comprendo, Gabriel; pero, aún sin comprenderte, te pregunto: y, ¿es forma de corresponder a mi cariño, abandonarme? Y, ¿es propósito de no causar el mal dejar a esa mujer, que se ha enamorado de ti y a la que me decías querer más que a tu vida? ¡No te comprendo, Gabriel! Locuras de mozo, ya fueron perdonadas. Locuras de hombre, ni tienen disculpa, ni pueden tener perdón. Piensa lo que haces.

**El Desconocido.** Está pensado y bien pensado. Escúchame. Tú has sido para nosotros,—y al decir nosotro me refiero a la familia entera,—un padre, más que un padre. Besando la tierra que pisaras no te pagaríamos ninguno lo que te debemos. Tú tronchaste tus aspiraciones, truncaste tu vida por servirnos, y nosotros, lejos de agradecértelo, correspondimos a tu generosidad de la peor manera. Pero el tiempo, que suele volver las aguas a sus cauces, me hizo ver, aunque tardíamente, toda la negrura de mi ingratitud y quise recobrar tu cariño, que tú me diste sin regateos. Yo era feliz en la paz de tu afecto y en la ilusión del amor de una mujer a quien quería, pero hoy me entero de que en esa mu-

jer tú también habías puesto los ojos (Don Ricardo hace un movimiento de sorpresa.) y yo no puedo, no debo seguir ni un momento más pensando en ella. Por eso me voy, por eso me separo de ti, para no dar lugar a este nuevo sacrificio de tu parte; que justo que quien tantos hizo en su vida, tenga al menos la satisfacción de ver que alguna vez hay quien le corresponde.

**Don Ricardo** Pero, ¿qué dices, loco?

**El Desconocido.** ¡La verdad!

**Don Ricardo.** ¿De qué hablas? ¿Quién te ha contado esa historia?

**El Desconocido.** Tu propio secretario.

**Don Ricardo** Y, ¿vas a hacer caso de un botarate como Perdiguero? No, hijo, no. Puedes estar tranquilo. ¿Enamorarme yo, a mis años? ¡Qué locura! ¿Y de Áurea? No. Mis amores son mis libros; mi ilusión, la gloria. Para soñar con otro amor, es tarde, Gabriel.

**El Desconocido.** ¿No me engañas?

**Don Ricardo.** ¿Qué interés tendría en engañarte?

**El Desconocido** ¿Me juras que no has pensado nunca en Áurea? (Don Ricardo calla.) ¿Me lo juras?

**Don Ricardo.** (Después de un momento de vacilación.) ¡Te lo juro!

**El Desconocido.** (Con júbilo.) ¡Ay, hermano! ¡Qué peso me has quitado de encima!

**Don Ricardo.** Y tú qué alegría me has dado con decirme lo que me has dicho; ello me ha permitido ver hasta el fondo toda la hermosura de tu corazón. ¡Un abrazo, Gabriel!

**El Desconocido.** ¡Con alma y vida!

(Se abrazan. Por la derecha de la galería salen ÁUREA y DOÑA ROSARIO.)

**Doña Rosario.** ¡Así me gusta, así me gusta!

**El Desconocido.** ¡Doña Rosario!

**Don Ricardo.** (A Áurea.) ¡Ya no se va, Aurea! ¡Tranquilícese usted!

**Aurea.** (Al Desconocido.) ¡Ah! ¿no?

**El Desconocido.** ¡Contigo siempre! ¡Para toda la vida!

**Aurea.** ¿Entonces?

**El Desconocido.** No quieras enterarte tampoco. ¡Ya pasó!

**Aurea.** ¡Qué loco eres, Gabriel!

**El Desconocido.** ¿Te lo parezco a ti? ¡Pues, si así soy y así me quieres, bendita sea mi locura! (Rodea con su brazo la cintura de Áurea y mirándola amorosamente, se van los dos por la puerta de la derecha. Don Ricardo los ve marchar con los ojos arrasados en lágrimas, después del esfuerzo realizado anteriormente para no descubrirse, y doña Rosario se queda contemplando a don Ricardo con un gesto de conmiseración.)

**Don Ricardo.** ¡Son felices!

**Doña Rosario.** Pero tú la querías.

**Don Ricardo.** No...

**Doña Rosario.** ¡Y la quieres! ¡A mí no me vas a engañar!

**Don Ricardo.** La quería y la quiero; dices bien, pero no estaba para mí. Tal vez el volver a respirar estos aires que orearon mi juventud, me hizo pensar por un momento que los años no habían transcurrido y pude creer que era posible la dicha de un amor; pero en seguida, la realidad se impuso. ¡No estaba para mí! ¡Él se la merece más que yo! Será éste el postrer sacrificio por los míos: renunciar a un amor que toda el alma me llena de perfume. Y, si en el correr de los días, la figura de esa mujer se graba en mis recuerdos, pensaré que no existe, que nunca ha existido, que es sólo un personaje que creó mi fantasía... ¡La señorita Primavera! (Dentro, en el jardín, se oyen las risas de Petrita y Áurea. Se ha hecho noche completa. Cae el telón.)

FIN DE LA COMEDI

Madrid, enero, 1925.

# OBRAS DEL MISMO AUTOR

*El caprichito*, entremés. (Segunda edición.)

*¡Te la debo, Santa Rita!*, entremés. (Cuarta edición )

*Los ídolos*, comedia en dos actos. (*)

*El pañolón de Manila*, sainete en cuatro cuadros, con música de los maestros Marquina y Vela.

*Correo de gabinete*, entremés. (*)

*El patio de los naranjos*, sainete, con música del maestro Pablo Luna. (*)

*Punta de viuda*, entremés.

*El milagro de las rosas*, comedia en dos actos. (*)

*La primera de feria*, zarzuela dramática en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, con música del maestro José Cabas.

*Primavera de la vida*, comedia en un acto.

*La casa de los pájaros*, drama en cuatro actos. (Segunda edición.)

*Mañanita de San Juan*, entremés. (Segunda edición.)

*Trini la Clavellina*, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, con música del maestro Pablo Luna.

*El huerto de los rosales*, zarzuela en dos actos, divididos en cuatro cuadros, en prosa, con música del maestro José Cabas.

*La sal del cariño*, entremés.

*La venda de los ojos*, entremés con ilustraciones de música popular adaptada por el maestro José Serrano.

*La caseta de la feria*, comedia en tres actos.

*Alfonso XII, 13*, comedia en tres actos. (Segunda edición )

*La mujer de su casa*, sainete.

---

(*) En colaboración con Julio Pellicer.

*El Otelo del barrio,* sainete en tres cuadros, con música del maestro Jacinto Guerrero.

*Inmaculada,* comedia en tres actos.

*Constantino Pla,* comedia en tres actos.

*El clavo,* comedia en tres actos.

*El paso del camello,* comedia en tres actos. (Segunda edición.)

*Cándido Tenorio,* sainete en cinco cuadros, dispuestos en dos actos, con música del maestro Jacinto Guerrero.

*El primo,* comedia en tres actos.

*La negra,* comedia en tres actos.

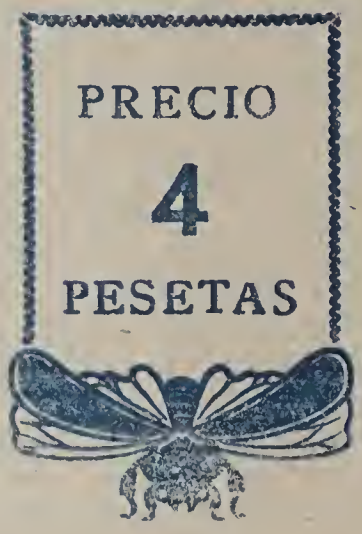
*Pimienta,* comedia en cuatro actos.

*La señorita Primavera,* comedia en tres actos.

---

*La copla vengadora,* novela.

*La Casablanca,* novela. (Publicadas en «La novela de bolsillo».)




Sucesor de R. Velasco.—Teléf. 5
Marqués de Santa Ana, 11 dup